

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVIII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N.º 964.

Administración general y Redacción: Passage Saunier, número 4, en París.

SUMARIO.

La Alsacia de los prusianos: Prisiones cotidianas en Estrasburgo; grabado. — Los hombres de la Commune. —

Paseo por las ruinas del Palacio de Justicia; grabado. — Revista de París. — Los prisioneros en Versalles; grabados. — El orgullo de un hombre. — Las ruinas del Palacio Real; grabado. — Las tropas en el patio del Palacio Real; grabado. — Correspondencia de Alsacia; grabados. — Funeral de la

señorita Riton en Estrasburgo; grabado. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Charles Dickens. — El duque de Chartres, Robert-le-Fort; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.



La Alsacia de los prusianos. — Prisiones cotidianas en Estrasburgo.

Los Hombres de la Commune.

Nada mas curioso para completar la historia de la insurreccion del 18 de marzo que venimos haciendo en nuestras columnas, que el conocimiento de los hombres que en ella han tomado parte. Nuestros lectores juzgarán por los antecedentes de semejantes héroes, si era posible esperar de ellos otra cosa que los desastres en que han sumido á la capital de la Francia.

Principiemos nuestra tarea :

I.

CLUSERET.

DELEGADO Á LA GUERRA.

Hé aquí algunos apuntes del titulado general Cluseret que tuvo una parte tan activa en la insurreccion.

Este sugeto, si hemos de dar crédito á la version que corre actualmente en la ciudad de Chester, en Inglaterra, no es otro sino el llamado M. Auliff, que concibió y llevó á efecto el proyecto de atacar el castillo ó ciudadela de Chester en 1867 : de modo que el conspirador M. Auliff, que fué preso en la mañana del dia que siguió al ataque del castillo, como uno de los principales motores de aquella tentativa, y el bullicioso y osado comunista Cluseret no son mas que uno y mismo individuo.

Cluseret, continuaremos en llamarle así, aunque este no sea su verdadero nombre, es irlandés de nacimiento, y no americano, como se dice y cree sin razon; y según resulta de sus propias declaraciones durante su residencia en las prisiones de Chester, hizo sus primeros estudios con el fin de seguir la carrera eclesiástica; pero no siendo esta su verdadera vocacion, é impulsado por su genio aventurero y carácter inquieto, bullicioso y amigo de movimiento, no tardó en colgar los hábitos, y abandonando aquella pacífica carrera, se marchó á Italia en la época en que Garibaldi promovió en aquel pais por primera vez sus tentativas revolucionarias, y se alistó con otros muchos de sus compatriotas irlandeses en la legion pontificia, en la cual se distinguió por su valor, siendo herido una vez.

Poco despues de estos sucesos se volvió á Inglaterra, y en Chester dió algunas conferencias públicas sobre las quejas y males de los irlandeses. Se hizo feniano, y como neófito celoso y ardiente de la nueva secta, recorrió á guisa de apóstol los condados de Strafford y de Lancaster, para propagar en ellos las nuevas doctrinas de la secta y hacer prosélitos. Durante este apostolado feniano fué cuando concibió el plan de atacar el castillo de Chester, cuya expedicion se terminó de una manera que no tuvo nada de gloriosa para los que tomaron parte activa en la empresa.

Arrestado M. Auliff con otros varios de los comprometidos, estuvo algun tiempo preso, pero su detencion no fué de larga duracion. Se halló presente al asesinato del sargento Brett, verificado en Manchester; y poco despues de este trágico acontecimiento, se espontaneó é hizo proposiciones al gobierno ofreciéndole suministrarle datos y noticias sobre aquellos mismos compañeros y sectarios con quienes se habia asociado y cuya causa habia sostenido. Habiendo llegado á noticia de aquellos tan indigno proceder, y adquirido en cierto modo las pruebas de semejante felonía, fué anatematizado por el fenianismo y condenado á ser inmolado por medio de un castigo ejemplar, sentencia y venganza de que pudo librarse refugiándose en Francia y entrando como hermano lego en una comunidad religiosa.

Durante su permanencia en esta comunidad redactó y publicó una especie de Memoria ó relacion del ataque de Chester, en la cual refiere la manera de cómo se apoderó de la sala de armas, en la que encontró nada menos que unas 130,000 cotas de malla y armaduras antiguas que se custodiaban allí como reliquias y testimonios de gloria de los tiempos pasados, de cuyas armaduras se apropió y revistió de aquella que le pareció mas adecuada á sus intentos.

Sabido es que en el último mes del mando de los comuneros, Cluseret fué destituido por el comité central de sus funciones de delegado ó ministro de la Guerra y acusado de traicion. Preciso es decir que si el titulado general Cluseret no llegó á consumir la traicion de que le acusaba la Commune, no fué á la verdad por falta de voluntad y de disposicion por su parte para llevarlo á efecto, sino porque el gobierno de Versalles no quiso fiarse de él y no admitió las proposiciones que le hizo : de modo que la Commune no estaba desprovista de razon al acusarle de traicion, porque es lo cierto que el aprendiz de cura, el feniano felon, el lego embustero, el general y falso americano y el ex-ministro de la Guerra de la gente comunera, lo que queria y lo que propuso al gobierno de Versalles fué, no el cooperar al restablecimiento del orden, sino el *venderse* mediante una suma exorbitante y facilitar si se le entregaba la cantidad pedida, la entrada del ejército de Versalles por puntos determinados y la entrega de algun fuerte.

II.

GARNIER D'ABIN,

GENERAL DE MONTMARTRE.

Este *Matamoros* comunista que, según la version de los unos ha sido fusilado, y según otros ha desaparecido de la escena sin que se haya podido hasta ahora averiguar con certeza la suerte que le ha cabido en los últimos acontecimientos, habia tenido siempre una vida cuyas curiosas peripecias manifiestan bien á las claras á qué clase de hombres y á qué especie de caballeros de industria y aventureros dispensaba la Commune sus favores, cubriéndolos de galones y nombrándolos á puestos elevados.

La carrera militar de este individuo empieza desde aquel dia en que consiguió tomar parte en una empresa de aventureros. Primero sirvió en Italia, en donde se hizo condecorar con la cruz del orden de San Gregorio el Magno; y decimos se hizo condecorar, porque el modo con que lo consiguió es muy simple, aunque algo violento y original. Cierta noche se apoderó de un cardenal y no le soltó hasta que logró tener en su poder los documentos y diplomas que hacian constar su nombramiento de caballero en toda regla.

Desde Roma se trasladó á Polonia, en donde tomó cierta parte en la insurreccion y obtuvo el grado de coronel. Allí fué donde conoció á Dombrowski, que siendo mas jóven que él, tenia en aquella época un grado inferior al suyo.

Habiendo cesado de ser la Polonia un terreno á propósito para su explotacion, Garnier d'Abin, apellido que se apropió por ser natural del pueblecillo de este nombre, se volvió á Francia y consiguió ser empleado en el camino de hierro de Lyon en 1864. Como celibatario aburrido, se decidió á cargar con la cruz matrimonial, pero no tardó mucho tiempo en sentir muy pesada esta cruz, y dejando plantada á su mujer desapareció una buena mañana y emprendió un larguísimo viaje por diferentes países, fijándose y deteniéndose en los estados del rey de Siam, en donde trató de darse á conocer imitando á los famosos cazadores de tigres, leones y panteras, Julio Gerard y Bombonnel, é hizo tales proezas, ó tales extravagancias, que consiguió llamar la atencion del rey, el cual le nombró nada menos que generalísimo de sus tropas.

A pesar de esta posicion, y probablemente porque ya no podia sostenerse en ella, ó llevado de su carácter aventurero, abandonó aquel pais y volvió á aparecer en Francia durante la guerra con Prusia : hizo conocimiento con Gambetta, y este le dió el mando de un batallon de marcha.

No es menos original la manera como se hizo miembro del comité central. Paseando un dia por las alturas de Montmartre y viendo los cañones establecidos en ellas, trató de informarse de lo que significaba aquello, y supo que las baterías allí colocadas y demás preparativos de la defensa, eran ordenados por el titulado comité central. Entonces, sin vacilar, se dirigió al dicho comité : vió al ciudadano Luillier, el cual despues de haber tenido una larga conversacion con él, le dijo :

— Es Vd. el hombre que necesito... encárguese usted de las alturas de Montmartre. Yo me encargaré del Hotel de Villa, etc.

Y así como fué dicho, fué hecho; y hé aquí el cómo Garnier d'Aubin se encontró transformado en general, y comandante de aquellas posiciones en cuya defensa se ha portado como todos saben...

Poco despues de su elevacion á aquel mando, hubo un tiempo en que cayó en desgracia de la Commune, y casi se vió perseguido por ella; pero consiguió apaciguarla, disipando las sospechas que habia llegado á inspirar de ser agente bonapartista, y volvió á merecer la confianza del comité y entrar nuevamente en favor.

Sea como quiera, ignórase hasta el dia el paradero de tan ilustre personaje, á quien se continúa buscando con empeño, aunque hasta lo presente infructuosamente.

III.

BERGERET,

GENERAL DE LA COMMUNE.

Antes de llegar á ser un *gran general*, este individuo se agenciaba su modo de vivir ocupándose en la colocacion y venta de libros, en cuyo comercio, sin embargo, no logró nunca hacer una mediana fortuna. Siendo viajante de comercio por este ramo de industria, uno de sus sueños dorados era el de tener á su disposicion un carruaje.

— Si yo tuviese un birlocho para servirme de él, escribiría á su principal, le colocaría á Vd. por lo menos un ejemplar cada dia.

La inauguracion de los ferro-carriles vino á hacer inútil el servicio del ansiado carruaje; pero á pesar de esto,

consiguió mas tarde ver completamente satisfechos sus deseos, así es que lo encontramos por las calles de París arrastrando uno de esos carrillos á brazos de que se sirven los mozos de cordel para llevar la carga, y lo vemos parado á la puerta de las grandes librerías descargando los libros trasportados.

Mas dichoso al fin que el labriego de Nadaud, pudo realizar su dorado sueño, y en estos últimos tiempos le hemos visto ir á Neuilly, donde se hallaban los puestos avanzados de los federados, en un magnífico coche-victoria, tirado por soberbios caballos de gran precio. Poco, sin embargo, pudo disfrutar este desgraciado de la realidad de su sueño. Sabido es que su generalato fué de corta duracion, y sabida es la persecucion de que fué objeto por parte de la Commune.

IV.

DOUSSOT,

CAPITAN DE FRAGATA.

Ignorada ha quedado hasta ahora de sus mismos compañeros la causa que impelió á este sugeto, verdadero oficial de marina, á entrar al servicio de la Commune, que odiaba cordialmente. Tal vez haya sido la originalidad de su carácter, que lo hacia considerar por sus compañeros como un loco estrafalario, ó el deseo de singularizarse haciendo lo contrario de lo que los demás hacian, ó bien la propension que tenia de ir á examinar y curiosear en las tabernas y sitios frecuentados por las gentes sospechosas y por la crápula, todas las villanías que allí se pasan, con el fin de resolver el problema de saber « lo que hay en el fondo de las cosas. »

Sea como quiera, lo cierto es que á él es á quien deben la vida 47 conservadores ó guardas del Museo, y que á él es quizás á quien se debe el que el mismo Museo haya sido preservado de la destruccion, circunstancia que sus amigos y antiguos compañeros de armas tendrán satisfaccion en saber.

Cuando por orden de la Commune se cerró el establecimiento bajo el pretexto de organizarlo de nuevo, los guardas fueron presos y custodiados con centinelas de vista, y se les intimó la orden de que descubriesen el conducto subterráneo de comunicacion con el palacio de Tullerías, conducto que los infelices no podian descubrir, porque ni lo conocian ni podian conocerlo, puesto que no existia.

A la entrada del ejército de Versalles en París, encerraron á los guardas en un sótano, de donde los sacaron para llevarlos á una barricada en donde iban á ser fusilados « como agentes de Versalles. » Puestos ya en línea para la ejecucion, el comandante Doussot se opuso á ello, asegurando que habia una equivocacion, y bajo el pretexto de que era preciso pedir órdenes nuevas, consiguió detener á los verdugos, que se retiraron diciendo : — No tardaremos en volver, y entonces ya os arreglaremos á todos.

Felizmente, todavia se les está esperando.

V.

CHOUTEAU,

MAYOR DE LA COMMUNE.

Este ciudadano era embadurnador de edificios, y de esta modesta posicion pasó á ser miembro del comité central con el grado de mayor. Revestido de sus insignias, no salia ya en público sino montado en un magnífico caballo blanco, que, por supuesto, nada le habia costado, y seguido de uno de los desertores del ejército, que se habia agregado exclusivamente para su particular servicio.

Todas las mañanas el improvisado mayor Chouteau, que vivia calle Guénégaud, núm. 8, venia á hacer caracollear á su caballo ante sus antiguos vecinos, y á uno de aquellos á quienes dispensaba mayor confianza, le declaró, no sin mucho misterio y reserva, como si fuese la cosa mas natural y corriente, « que ya habia reunido 300,000 francos en su *nueva posicion*, y que esperaba servirian para el dote de su hija. »

VI.

CAVALIER,

INGENIERO EN JEFE DE LAS PLAZAS Y PASEOS.

Habiendo hecho algunos estudios muy incompletos en la Escuela politecnica, de la que fué expulsado por su mala conducta despues de haber merecido el desprecio de todos sus compañeros, Cavalier, mas generalmente

conocido por el apodo de *Pipe-en-Bois*, aunque muy joven todavía, fué nombrado por el municipio socialista director e ingeniero en jefe de los jardines y paseos públicos, en reemplazo de M. Alphand.

No queriendo hacer excepcion á la regla de conducta observada generalmente por los demagogos socialistas, que, predicando la igualdad y la fraternidad tratan á sus subordinados con el mayor desprecio y altanería, el joven ingeniero en jefe pasaba sus mañanas en amenazar de muerte á los agentes y empleados de la administracion puesta á su cargo.

Pero si sus instintos sanguinarios, reales ó fingidos, han podido procurarle algunos momentos de satisfaccion, reservándose en presentar á cada momento la imagen de la muerte á los que tenían la desgracia de hallarse bajo sus órdenes, también le han costado caras las bromas y fanfarronadas de esta especie.

Cual joven aturrido y calavera, el domingo 28 de mayo *Pipe-en-Bois* se fué á almorzar con su amigo y correligionario político el ciudadano Geoffroy, que vive en Batiñoles cerca del Parque de Monceaux. Este comunista, puesto que ha sido el que ha destornillado y desmontado la columna Vendome, trató á su amigo algo mas que socialísticamente, y le obsequió con un almuerzo suculento.

Cargado el estómago, con mas peso tal vez que podía, y ofuscada su cabeza probablemente con los vapores de espirituosos vinos, el imprudente *Pipe-en-Bois* sintió la necesidad de salir á respirar el aire para facilitar la digestion y aligerar el cerebro, y encendiendo un perfumado habano se fué á fumarlo muy tranquilamente al parque. Saboreando se hallaba su perfumado cigarro, cuando habiendo sido visto y reconocido por uno de los guardas del bosque, á quien no hacia muchos dias habia amenazado con que lo haria fusilar, se arrojó sobre él y lo llevó á la prision militar del boulevard Malesherbes.

Con la figura descompuesta, los ojos desencajados y el color lívido, sintiéndose con la conciencia bien súcia y bien cargada, creyó que era llegada su hora y esperaba el ser fusilado á cada momento; su inquietud y sus temores no cesaron, hasta que trascurrido cierto tiempo, el oficial de servicio le hizo entrever la posibilidad de que su negocio se arreglaria mediante un viaje de una veintena de años á Cayena. Recobrando entonces un poco de serenidad, cesaron de temblar sus piernas, se enjugó las gruesas gotas de sudor que corrían de su frente, dijo que habia sido él quien habia hecho los planes para el derribo y demolicion de la columna Vendome.

Despues de la corta narracion de sus trabajos arquitectoriales para la destruccion de aquel monumento, fué conducido al depósito de presos de la calle de Stockolmo, y desde allí á la prision del Luxemburgo... traslacion de muy mal agüero.

VII.

TREILHARD,

DIRECTOR DE LA ASISTENCIA PÚBLICA.

Por los papeles ocupados en casa de este individuo se ha tenido conocimiento de un hecho curioso. Algunas personas caritativas, preocupadas de la situacion del señor arzobispo de Paris, se decidieron á dar algunos pasos para gestionar el modo de como podria librarse el ilustre prelado.

Puestas de acuerdo, decidieron que el conde de Giordan se abocase con M. Treilhard, director, por la Commune, de la Asistencia pública. El conde aceptó la mision, por delicada que fuese, y se fué á ver al feroz comunista, al que ofreció una suma de cien mil francos, que serian entregados á la caja de la Asistencia pública en cambio de la orden para poner en libertad al arzobispo.

La entrevista, segun resulta, fué de las mas violentas. Treilhard, rodeado de una multitud de gentes armadas, y de maneras y feroz aspecto, los cuales eran sus ordinarios comensales, no solo rechazó el ofrecimiento, sino que se desató en recriminaciones violentas y terribles amenazas contra los que él designaba ó llamaba « los reaccionarios. » El conde, sin embargo, no se amedrentó, y con un valor y energía dignos del mayor elogio, volvió á insistir de nuevo y ofreció en vez de ciento, hasta doscientos mil francos por la libertad del arzobispo.

Vanos fueron sus esfuerzos; la tentacion no solo no obtuvo resultado, sino que se le amenazó con el fusilamiento si insistia de nuevo en su pretension.

El 26 de mayo, al dia siguiente de haber sido tomado el Panteon por las tropas del gobierno, Treilhard fué cogido y pasado por las armas en la Escuela Politécnica, y no en el mismo Panteon, como equivocadamente se ha dicho.

Madama Treilhard, ignorando la suerte que habia cabido á su marido, se presentó en la municipalidad del Panteon y manifestó al coronel Galle, alcalde provisional del 5º distrito, que su marido habia ocultado en un sótano de la casa que habitaba, sobre unos cuarenta mil francos, restos de la caja de la Asistencia pública.

En vista de esta declaracion, el coronel Galle encargó al comandante M. de Montaut, que desempeñaba las

funciones de teniente-alcalde por orden del estado mayor, que fuese á incautarse de aquel dinero, acompañado de M. Germain, secretario de la alcaldía.

Esta comision no dejaba de ofrecer, en su ejecucion, bastante riesgo, porque estaban batiéndose en la calle Mouffetard, y era necesario ir al número 48 de la calle Monge, que está contigua á aquella; por otra parte, la casa que se debia registrar no tenia un aspecto muy lisonjero. Sin embargo, acompañados de dos cazadores de á pié, no vacilaron en cumplir con el encargo. Llegados á la casa, fué preciso bajar por una estrecha é interminable escalera de caracol al segundo suelo del sótano, que está á una profundidad inmensa y en el segundo tramo, pues la casa tiene dos órdenes de sótanos sobrepuestos el uno sobre el otro, encontraron debajo de un moton de botellas vacías un baul grande, cuya tapa, guarnecida con un cuero peludo y cubierto de polvo, estaba abierta, y en el fondo del baul hallaron un gran saco de tela lleno de monedas de plata de cinco francos, que por su volumen y peso parecia contener una gran cantidad, y además una caja de lata llena de billetes de Banco.

El portero de la casa y uno de los cazadores subieron el baul mientras que el otro habia estado de centinela impidiendo la bajada de los hombres con blusas blancas, que, procedentes de los pisos altos de la casa, pretendian bajar al sótano para ayudar á aquellos señores, segun decian.

VIII.

VERICQ.

El lunes último fué pasado por las armas en la cárcel de la Roquette, Juan Vericq, que vivia en el nº 415 de la calle de este nombre, y era teniente de la guardia nacional.

Este individuo fué el que mandó el peloton de los asesinos que fusilaron al señor arzobispo de Paris.

Momentos antes de ser pasado por las armas en el sitio mismo donde se consumió el asesinato del prelado, Vericq confesó y se alabó de haber hecho el suministro de cuarenta hombres, que fueron otras tantas víctimas inmoladas á los instintos sanguinarios del comunismo.

La mujer de Vericq, digna esposa de semejante tigre, ha sido presa.

IX.

CALMET,

PRESIDENTE DEL COMITÉ CENTRAL.

Este famoso comunista, que ha desempeñado las funciones de presidente del no menos famoso comité que organizó y provocó la revolucion, ó mejor dicho, la sublevacion del 18 de marzo, fué preso el 23 de mayo en el XVII distrito, y conducido á la una de la tarde á la prision militar, instalada en el boulevard Malesherbes.

Habiéndose hecho constar la identidad de su persona, y cumpliendo los soldados con las instrucciones recibidas, le arrimaron contra una pared para pasarle por las armas. Hallábanse los cañones de los fusiles apuntados sobre la cabeza y pecho de Calmet, y no esperaban mas que la voz de mando « Fuego, » cuando el preboste, que acababa de recibir un oficio en aquel momento, se precipitó ante los soldados gritando:

— Deteneos, no tireis. Acabo de recibir en este mismo instante la orden de suspender las ejecuciones sumarias, y de entregar los culpables, sean los que quieran, á la justicia militar.

En consecuencia de esta disposicion llegada tan á tiempo, el ex-presidente del Comité pudo salvar la vida, por el momento, ó por mejor decir, quizá este incidente no haya servido mas que para prolongar alguno á algunos dias mas su existencia. Por el pronto, de buena se ha escapado.

PASEO

por las ruinas del Palacio de Justicia.

El 5 de junio último el Tribunal de Apelacion de Paris con su primer presidente M. Gilardin á su cabeza, volvió á ocupar su asiento despues de haberle tenido que abandonar el 48 de marzo, bajo pena de legitimar en cierto modo con su presencia la terrible insurreccion de la Commune.

Era un espectáculo interesante el que presentaban los magistrados atravesando las salas medio hundidas, como para demostrar que la Justicia, inmortal como el Derecho, sobrevive á las ruinas y aun adquiere una nueva

fuerza en la magnitud de las catástrofes que al amenazar á la sociedad parece que también la amenazan.

Hemos querido trazar ese cuadro de los magistrados paseándose consternados bajo esas bóvedas respetadas por tantos siglos, por tantas revoluciones, y hundidas hoy en un momento de abyecto y estúpido furor.

El Palacio de Justicia cuya construccion, por concluir aun, se pierde en la noche de los tiempos, fué en un principio morada de reyes. El Delfin, hijo del rey Juan, que fué el último habitante regio de aquel inmenso palacio, espantado con las escenas de desorden que pasaban á su vista, hizo construir el hotel Saint-Paul, donde fijó su residencia. Ahora el Palacio sirve de asilo únicamente á la ley, y allí tienen asiento el Tribunal civil y correccional, el de Apelacion y el de Casacion, cada una de estas jurisdicciones con su escribanía, sus archivos y su biblioteca.

Cuando se entra en el Palacio por el patio de honor, y se ha subido la escalera principal, se encuentra una ancha y espaciosa galería que conduce á la derecha á la galería *Merciere* y al *salon de los Pasos Perdidos*, y á la izquierda á la Santa Capilla y al Tribunal correccional. En esta galería hay una escalera interior que conduce á tres de las salas del Tribunal de Apelacion, y sobre todo á la primera sala, que es mayor y tiene otra disposicion diferente. Con efecto, aquí se celebran las audiencias solemnes, como por ejemplo, cuando se reúnen todas las salas. Ahí se celebró la ceremonia del 5 de junio, en la cual el primer presidente, M. Gilardin, pronunció un notable discurso, del que reproduciremos las siguientes palabras:

« Hay una cosa que se ha perdido en el dia, y es el respeto: ¿ en dónde encontrarle?... Quizás bajo esas ruinas, bajo esas piedras elocuentes que nos recuerdan los gobiernos regulares, autores de su grande y hermosa arquitectura, y la anarquía que representa su caída; quizás en la tumba de nuestros valientes soldados, muertos heroicamente en defensa de la civilizacion y el derecho; y quizás hasta en la tierra donde duermen los hombres extraviados ó perversos que no esperaban la cuenta que tienen que dar las almas inmortales. Las espantosas convulsiones de una sociedad tan amenazada despiertan no sé qué instinto misterioso de conservacion, que es como un acto de bondad de la Providencia y que á menudo da mas fuerza á las ideas de deber, de orden y de Justicia... »

Concluida la audiencia, los magistrados fueron á ver lo que queda del edificio para calcular la extension del desastre; recorrian los oscuros corredores, el laberinto de escaleras que les es familiar, y á cada paso una nueva ruina se ofrecia á sus miradas.

Hagamos nosotros también esa peregrinacion lastimosa.

Desde fuera no se puede juzgar toda la magnitud de la catástrofe: se ven paredes ennegrecidas, sin puertas ni ventanas, techumbres hundidas; pero en suma, las paredes están en pié y ofrecen todavía el aspecto de un gigantesco esqueleto. Hay que penetrar en el interior de las salas para formarse idea del desastre.

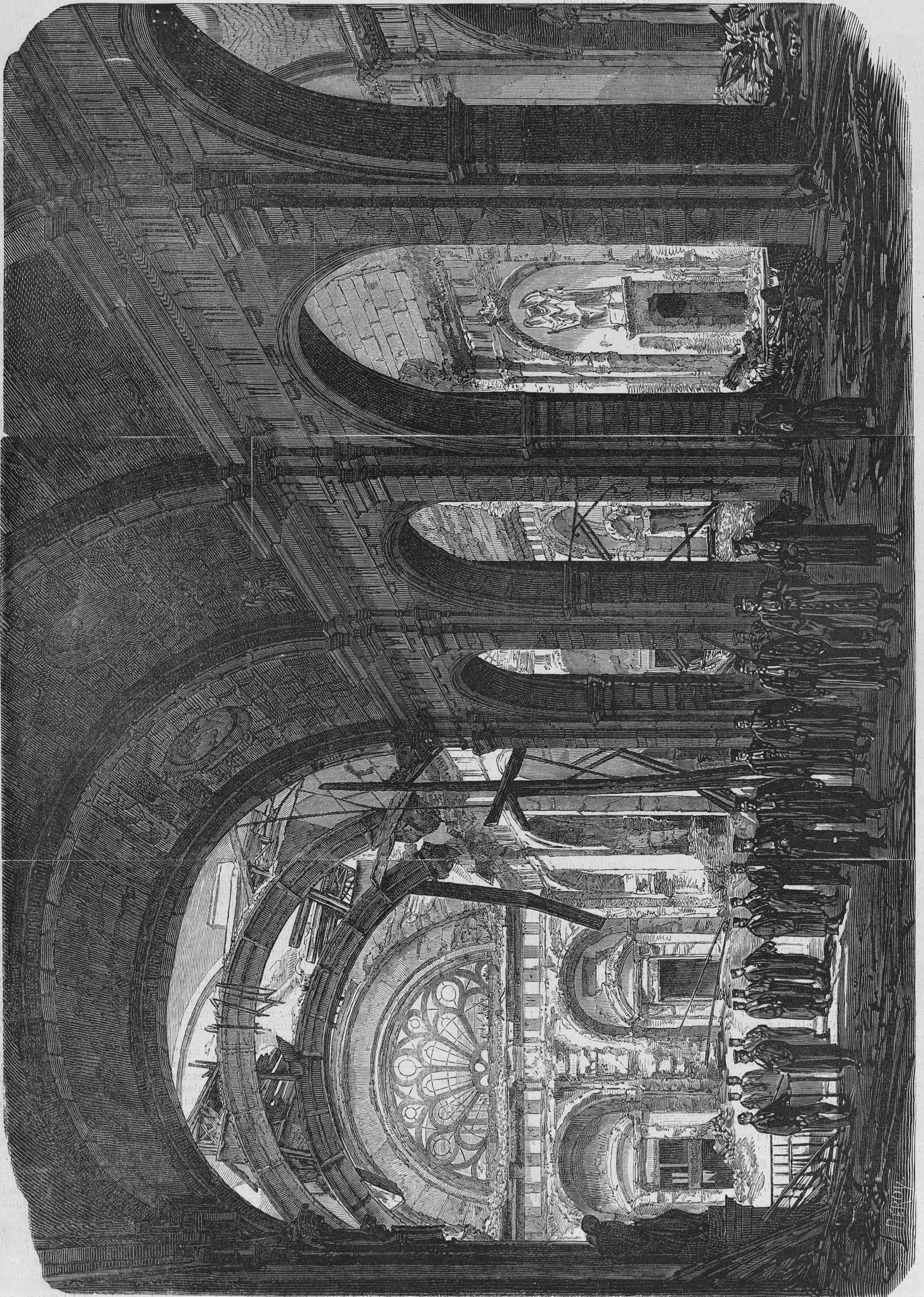
Entremos, por ejemplo, en el salon de los Pasos Perdidos, donde los abogados pasan la mitad de su vida hablando entre sí: es el foro con sus tumultos y sus agitaciones. No es la primera vez que se quema esta sala; destruida en 1617, fué reconstruida por J. Desbrosses y amenazada de nuevo por las llamas en 1740, pudo librarse de la destruccion. ¿ Cómo es posible imaginar que ese conjunto de piedras tan bien amalgamadas, que esas bóvedas sostenidas por tan firmes pilares, puedan ser presa del fuego? Sin embargo, veamos la sala de los Pasos Perdidos: la mitad de ella (tiene 73 metros de largo), está hundida, y no sin zozobra se considera lo que queda de la bóveda; la piedra, profundamente calcinada, se desprende cada dia en menudos pedazos. La pluma no puede expresar el grandioso aspecto de esa ruina abierta al viento y á la lluvia, llena de maderos y de restos medio consumidos: en ciertos puntos el suelo se ha hundido también, y la sala comunica por medio de grandes agujeros con las bóvedas que sirven de dependencias á la Conserjería.

La escalera que del salon de los Pasos Perdidos subia á las salas civiles del Tribunal, se ha hundido también, y para poder continuar el servicio, ha habido que improvisar otra escalera de madera. Esa parte del Palacio que es de construccion reciente, se ha conservado como por milagro; el fuego no llegó á las salas civiles ni á la escribanía civil, donde hay una porcion de papeles importantes.

Al extremo del salon de Pasos Perdidos estaba la nueva sala de la audiencia de *Criées*, que ya no existe: ha perecido con su escribanía, donde estaban depositados todos los documentos relativos á las adjudicaciones ante el Tribunal del Sena, es decir, para muchas personas los títulos de sus propiedades.

Contigua se hallaba la *Grand'chambre* del Tribunal de Casacion, que servia de sala de audiencia para asuntos civiles y criminales: era un monumento histórico. Allí se reunió el Parlamento de Paris, y despues el tribunal revolucionario; si las paredes hubiesen podido hablar, no habrian dicho mejor que los historiadores lo que fueron, en géneros bien diferentes, los L'Hospital, los d'Aguesseau y los Fouquier-Tinville; nos dirian cuál fué el heroísmo ó la cobardía de tantas víctimas célebres, como madama Roland, Carlota Corday, madama Dubarry, aquella cortesana coronada de la que ha dicho Lamartine « que deshonoró el cadalso como habia deshonorado el trono. » La *Grand'chambre* es un monton de ruinas.

Con ella han perecido los archivos del Tribunal de



El Palacio de Justicia despues del incendio — Aspecto de la Sala de los Pasos Perdidos el dia en que se abrieron los Tribunales.

J. R. ROY



LOS PRISIONEROS EN VERSALES. — La lista.



LOS PRISIONEROS EN VERSALES — El interrogatorio.

Casacion, ó por lo menos, los documentos anteriores al año de 1862: los mas recientes pudieron salvarse. La biblioteca se ha librado del incendio por milagro: el centro de la sala está ruinoso, el techo calcinado, y solo han quedado intactos los libros.

En cambio, la antigua sala de audiencia de la sala *des requetes*, el vestuario de los abogados del Tribunal de Casacion, su biblioteca, todo se ha perdido, hasta las dos torres que dan al malecon del Horloge.

Si al salir del Tribunal de Casacion volvemos á tomar la galería Merciere y visitamos las dos nuevas salas de Assises, cuya descripción hemos dado en este periódico hace tan poco tiempo, no encontramos mas que escombros. De todo lo que constituía el ornato de estas salas, gloria del arquitecto M. Deu, que ganó por esta obra el premio de 400,000 francos, no queda nada, ni pintura, ni escultura, ni artesnados: tal fué la intensidad del fuego, que hemos visto reducidas á informes lingotes las arañas de bronce que se encendían para las sesiones de noche. Apenas se distingue la disposición interior.

Si continuando nuestro camino nos dirigimos hácia los edificios de la policía correccional, vemos el desastre mas acentuado, pues aquí ya no solo hay que deplorar pérdidas materiales, sino que la obra misma de la justicia se ha hundido, y nada existe que pueda ayudar á reconstruirla.

Primeramente, no queda un documento de los actos del estado civil.

Sabido es que por una precaución digna de elogios, el legislador dispuso que los actos del estado civil, redactados en doble, se depositasen siempre en dos lugares distintos, de cuyo modo se contaban remediar las incertidumbres que podían nacer de su desaparición; la mano que los ha incendiado sabía lo que se hacía, y en tanto que el depósito de la avenida Victoria estaba ardiendo, el del Palacio de Justicia era igualmente presa de las llamas. Todo el estado civil de París se ha perdido: ningún individuo puede hoy probar su estado, su filiación; ya no hay ninguna fe de nacimiento, de defunción, ni de casamiento, es como un velo impenetrable arrojado sobre el pasado, como un desafío lanzado á la justicia. Así es que el ministro del ramo se ha apresurado á nombrar una comisión encargada de estudiar un remedio eficaz y pronto.

Continuemos nuestra visita.

Estamos en presencia de las salas correccionales.

Dos de ellas no existen ya sino de nombre. Era muy natural que los que tantas veces habían sido condenados por estafa ó por robo quisieran destruir esos testigos mudos de su ignominia. Pero han sido tan previsores, que el fuego, encendido en las cuatro partes de la escribanía correccional, ha hecho desaparecer en una inmensa hoguera todas las causas, todos los originales de las sentencias de la jurisdicción correccional, todas las piezas de convicción, y lo que es mejor para los bandidos, todos los antecedentes judiciales.

¡Con qué alegría han debido ver cómo devoraban las llamas esos terribles papeles! Sin embargo, podemos decir que han contado sin la huésped; pues habiendo privado á la justicia de los medios mas pronto de investigación, ahora no tendrán derecho para quejarse de que la instrucción sea lenta, que la marcha de la justicia sea lenta, y que en los fallos haya errores: tendrán que acusarse á sí mismos por haber acumulado en su derredor las tinieblas.

Después de haber dado esta vuelta al palacio incendiado, debemos detenernos un instante en la biblioteca de los abogados, que si no ha quedado toda destruida, se debe al valor del empleado M. Nicolás Boucher, quien desde hace tantos años presta su concurso á los bibliotecarios que se han sucedido. Nadie mejor que él conoce las riquezas de esa biblioteca. Allí permaneció día y noche guiando á los bomberos, ayudándolos y salvando cuanto podía salvarse. Desgraciadamente han desaparecido muchos tesoros, como los discursos de las audiencias solemnes, en los cuales se inspiraban las jóvenes generaciones.

E. P.

Revista de Paris.

El gran acontecimiento de la semana es el éxito colosal que acaba de obtener el empréstito de dos mil millones de francos emitido en suscripción pública por el gobierno francés para atender á las imperiosas necesidades de la situación, y principalmente al pago de las obligaciones contraídas con los alemanes. Nadie dudaba cuando se anunció esta emisión que la Francia entera se apresuraría á contribuir con patriótico empeño á proporcionar al Erario los cuantiosos caudales que necesita en los actuales momentos; pero, preciso es confesarlo, el resultado ha venido á sobrepujar todas las esperanzas. Cuatro días debía estar abierta la suscripción, del 27 al 30 de junio, y uno solo ha bastado, no para cubrir la suma, sino para doblarla y mucho mas, pues se han reunido en el espacio de seis horas, según anunció el señor ministro de Hacienda en la sesión del 28, hasta cuatro mil y quinientos millones de francos.

Los países extranjeros han tomado también su parte en el empréstito; sin embargo, diremos en honor de la Francia,

que la mayor cantidad se ha suscrito en el país, y que solo la capital ha dado mas de lo que pedía el gobierno.

Hé aquí cómo se han repartido las diversas masas de suscripciones:

En París la suscripción se ha elevado á la suma de ciento cincuenta millones de renta, lo que representa un capital de dos mil quinientos millones; en tanto que en las provincias se han suscrito sesenta y dos millones de renta, esto es, una cantidad superior á mil millones.

En el extranjero se han emitido mil millones, que deben repartirse entre Inglaterra, Austria, Bélgica, Alemania, etc.

Así el ministro ha podido decir al transmitir estos datos á la Asamblea:

« Señores, las condiciones en que se ha operado esta realización del empréstito exceden á nuestras esperanzas, y nos permiten cumplir nuestras obligaciones con la Alemania mas rápidamente que habíamos pensado y mucho antes de los plazos que nos fueron impuestos. El deber del gobierno, el deber del ministro de Hacienda, consiste en escogitar los medios oportunos para apresurar lo mas posible el término de la ocupación, y con un profundo sentimiento de confianza y de felicidad podemos prometer á todos que no esperamos los vencimientos del empréstito para hacer que los extranjeros desocupen el suelo de la patria. »

No hay para qué decir que estas palabras del señor ministro de Hacienda fueron acogidas con grandes aplausos por la Asamblea, y que también resonarán en todo el país, produciendo el mismo sentimiento de patriotismo.

Y con efecto, hay para asombrar á todo el mundo.

París, la ciudad que ha sufrido tantos meses seguidos de calamidades, encuentra en su resurrección la enorme suma de dos mil quinientos millones; y al mismo tiempo las principales ciudades de Francia ofrecen también una suscripción inusitada, que jamás se ha visto en los anteriores empréstitos.

En Lyon una sola sociedad ha suscrito por mas de treinta y cinco millones.

En Tolosa las cifras conocidas hasta hoy (ninguna de ellas es definitiva aun), diez y nueve millones.

En Ruan treinta y ocho millones.

En el Havre veinte y seis millones.

En el departamento del Loira inferior treinta y cuatro millones.

Por último, en Metz, la ciudad francesa por excelencia, y que la avidez del vencedor ha arrebatado á la madre patria, se han suscrito veinte millones.

¿No tiene el gobierno motivos para felicitarse de esta manifestación eminentemente patriótica?

Y sin embargo, no habían faltado las predicciones siniestras acerca del empréstito. Todo eran temores de que no se cubriría la suscripción, acusaciones contra el tipo adoptado de 82 francos 50 centimos, etc., etc.: ahora se ha visto el poco fundamento de tales rumores.

Por lo demás, el gobierno actual en todo y por todo tropieza con esa oposición encubierta á todos sus actos.

Ya en nuestra última crónica dijimos que el haberse aplazado la primera vez la gran revista militar que estaba anunciada, había dado margen á las invenciones mas inverosímiles y absurdas.

No había otra causa que la del mal tiempo, y como este persistió y las lluvias pusieron impracticable el terreno, tuvo que aplazarse por segunda vez para el jueves 29 de junio.

Este nuevo plazo fué otra fortuna para los novelistas.

Entre otras cosas se pusieron en circulación las siguientes:

Se dijo que el estado mayor prusiano había exigido invitaciones para esta fiesta militar, en tales términos, que se prefirió renunciar á la revista antes que ceder á tan insultantes pretensiones.

Suponíase también que habían surgido graves dificultades entre el jefe del poder ejecutivo y la mayoría, que temía con este motivo que la hicieran entrar en París, cuando su idea es fijar definitivamente el centro del gobierno en Versalles.

Se habló de temores de atentado contra M. Thiers, y fundaban esta suposición, no menos gratuita que las otras, en que habían preso á algunos sectarios de la Commune cargados de bombas Orsini.

Finalmente, se inventó un desacuerdo acerca del discurso que M. Thiers debía pronunciar, y para colmo de fábulas grotescas, se dijo que una parte de las tropas se negaba á desfilar delante de la Asamblea nacional.

¿Puede darse una fecundidad mas deplorable?

Ahora bien, habiéndose sentado el tiempo, la gran revista tuvo efecto el jueves último y ha sido una verdadera solemnidad, de la que da cuenta hoy el periódico del gobierno en los términos siguientes:

« La revista, cuya fecha se fijó hace tres días, se ha efectuado hoy favorecida por un tiempo magnífico. A la una de la tarde todas las tropas habían tomado sus respectivas posiciones en el llano de Longchamp. A la una y media el presidente de la Asamblea nacional y el jefe del poder ejecutivo, ocupaban sus puestos en el pabellón central de las carceras, con los ministros, los vice-presidentes, los cuestores secretarios, y el prefecto del Sena. M. Grevy, presidente de la Asamblea, se hallaba á la derecha de M. Thiers. La tribuna de la derecha se había reservado á los diputados. Los miembros del cuerpo diplomático se hallaban en la tribuna

de la izquierda. Las tropas se habían reunido enfrente de las tribunas. »

Sigue la descripción de la disposición de las tropas de todas armas, mandadas por los generales Vinoy, Douay, Ladmirault, Clinchant, de Cisse, ministro de la Guerra, y general du Barrail, un total de mas de 100,000 hombres, y la relación continúa de este modo:

« A las dos el mariscal Mac-Mahon, duque de Magenta, seguido de su plana mayor, llegó al campo de maniobras: el mariscal recorre el frente de las tropas. A las dos y cuarto se oye una salva de artillería, el mariscal se coloca con su estado mayor enfrente de la tribuna ocupada por el presidente de la Asamblea y el jefe del poder ejecutivo, y comienza el desfile.

« La actitud de las tropas es soberbia. Cuando ha concluido de desfilar un cuerpo de ejército, el general que le manda y su estado mayor avanzan al trote hácia el pabellón presidencial y saludan con la espada, en tanto que el general cuyo cuerpo de ejército va á desfilar después, se coloca con su plana mayor cerca del mariscal, duque de Magenta.

« Tres horas y media ha durado el desfile del inmenso ejército reunido en el llano de Longchamp. Las mas vivas aclamaciones acogían á cada regimiento cuando pasaba por delante de las tribunas, aclamaciones que se aumentaron cuando pasaban los gloriosos soldados del ejército de Metz. Las tropas habían recibido orden de no proferir grito alguno y guardaron escrupulosamente el silencio, que es el deber del soldado disciplinado cuando está sobre las armas.

« Se reclamaba por todas partes á las tropas de la marina que tan gloriosa parte han tomado en la doble lucha que acaba de sostener el ejército. Hace quince días se ha enviado á los marinos á los puertos, por cuya razón no han podido tomar parte en esta fiesta patriótica; pero dos cañoneras situadas en el Sena hicieron salvas de artillería á pocos metros detrás de las tribunas, y el bizarro almirante Pothuau podrá transmitir á los soldados de la escuadra los testimonios de ardiente simpatía que no han cesado de prodigarle.

« La gruesa caballería acaba de pasar al trote haciendo temblar el suelo. El duque de Magenta se acerca al pabellón, y el jefe del poder ejecutivo baja de la tribuna para ir á su encuentro y estrecha la mano del ilustre mariscal, felicitándole con efusión.

« Los gritos de: ¡ Viva M. Thiers! ¡ Viva Mac-Mahon! resuenan por todas partes.

« Cuando el presidente del consejo vuelve al pabellón, se repiten con nueva fuerza aquellos gritos y se prolongan durante diez minutos. El público abandona los puestos que ocupaba, se agolpa en torno de la tribuna del presidente y hace resonar los aires con sus aplausos y sus bravos. Las mismas aclamaciones lanzadas por una multitud que se aumenta á cada instante, saludan á M. Thiers cuando deja la tribuna, y siguen largo tiempo al carruaje que lleva á Versalles al jefe del poder ejecutivo de la República francesa. »

La relación oficial termina con esta reflexión:

« Ayer pedíamos al empréstito dos mil millones de francos y nos da cinco mil millones; hoy mostramos á la Europa un ejército de 100,000 hombres, lleno de ardor, admirablemente mandado y que acaba de salvar á la civilización. La Francia, que había perdido la costumbre de ser feliz tras los desastres que las faltas del imperio acumularon sobre ella, comienza á reconocerse y á sentir lo que vale. »

Nada tenemos que añadir á la relación oficial, nada sino que la fiesta militar produjo en la población el mismo efecto que producen siempre estos espectáculos. A las seis de la tarde, á la conclusión de la revista, el bosque de Boulogne y los Campos Eliseos estaban atestados de curiosos, y esta multitud presentaba un aspecto de una animación extraordinaria.

¿Empieza en París la vida de costumbre? ¿Se han concluido las agitaciones, los temores?

Aparentemente se diría que sí. Los emigrados por causa del sitio y de la Commune vuelven á toda prisa, los extranjeros abundan en los boulevares, y los departamentos franceses envían un respetable contingente de viajeros. Todos estos miles de forasteros no pueden tener bastante ocupación con visitar las ruinas que han hecho la Commune y los prusianos, y los teatros cerrados durante tantos meses, en su mayor número, comienzan á dar ahora señales de vida.

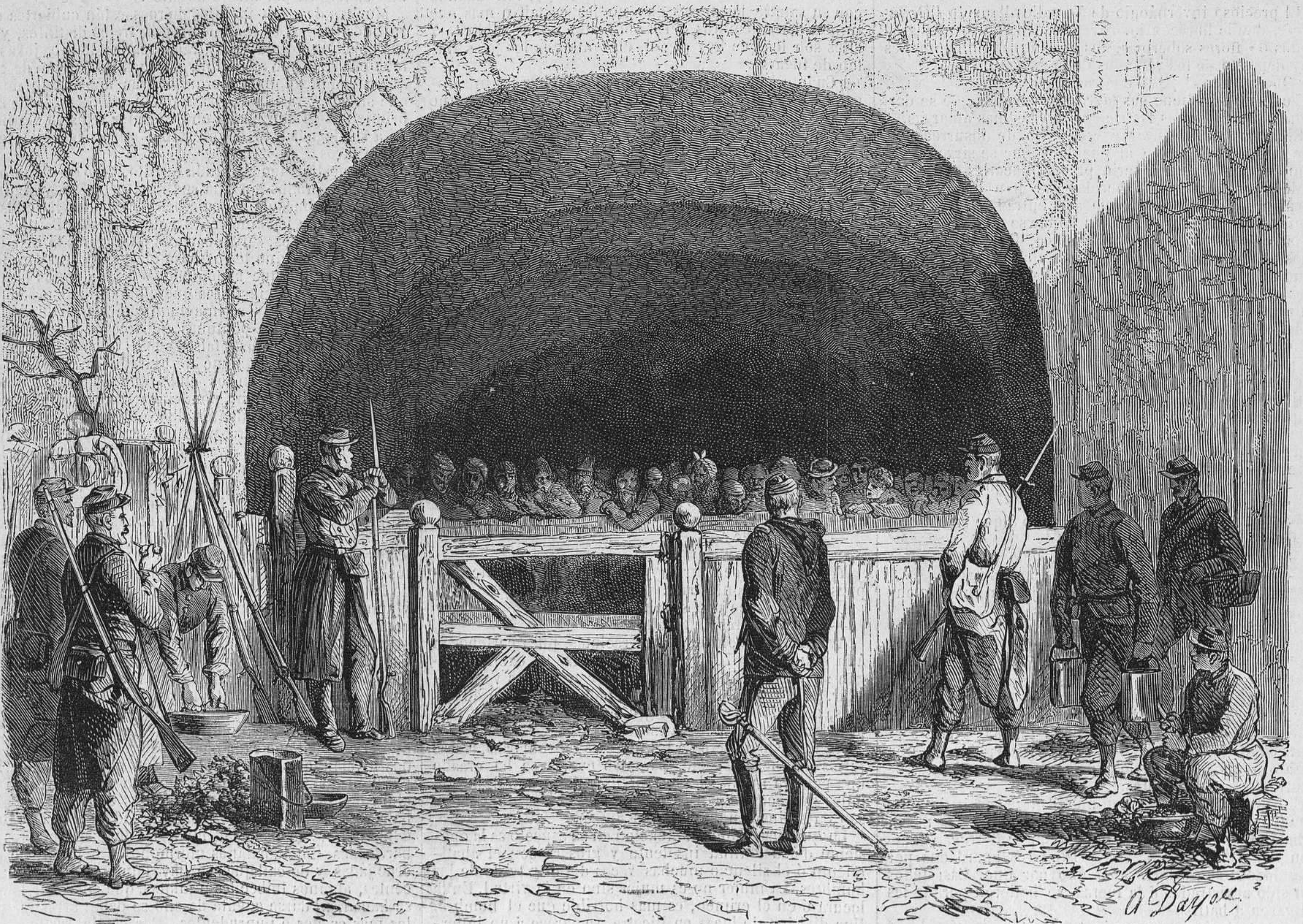
¡ Los teatros! ¡ Qué de meses han trascurrido desde aquellos tiempos en que formaban el alimento principal de nuestra crónica!

No vamos hoy á decir que al cabo de tan larga interrupción vuelven á entrar en la vía de las prosperidades. No es tiempo aun: en primer lugar, el estado de sitio prohíbe la representación de toda obra nueva, y después, las circunstancias no permiten todavía que las compañías se reorganicen, que los artistas de París dispersos por Europa vuelvan á este centro con la seguridad de encontrar en él lo que hallan fuera.

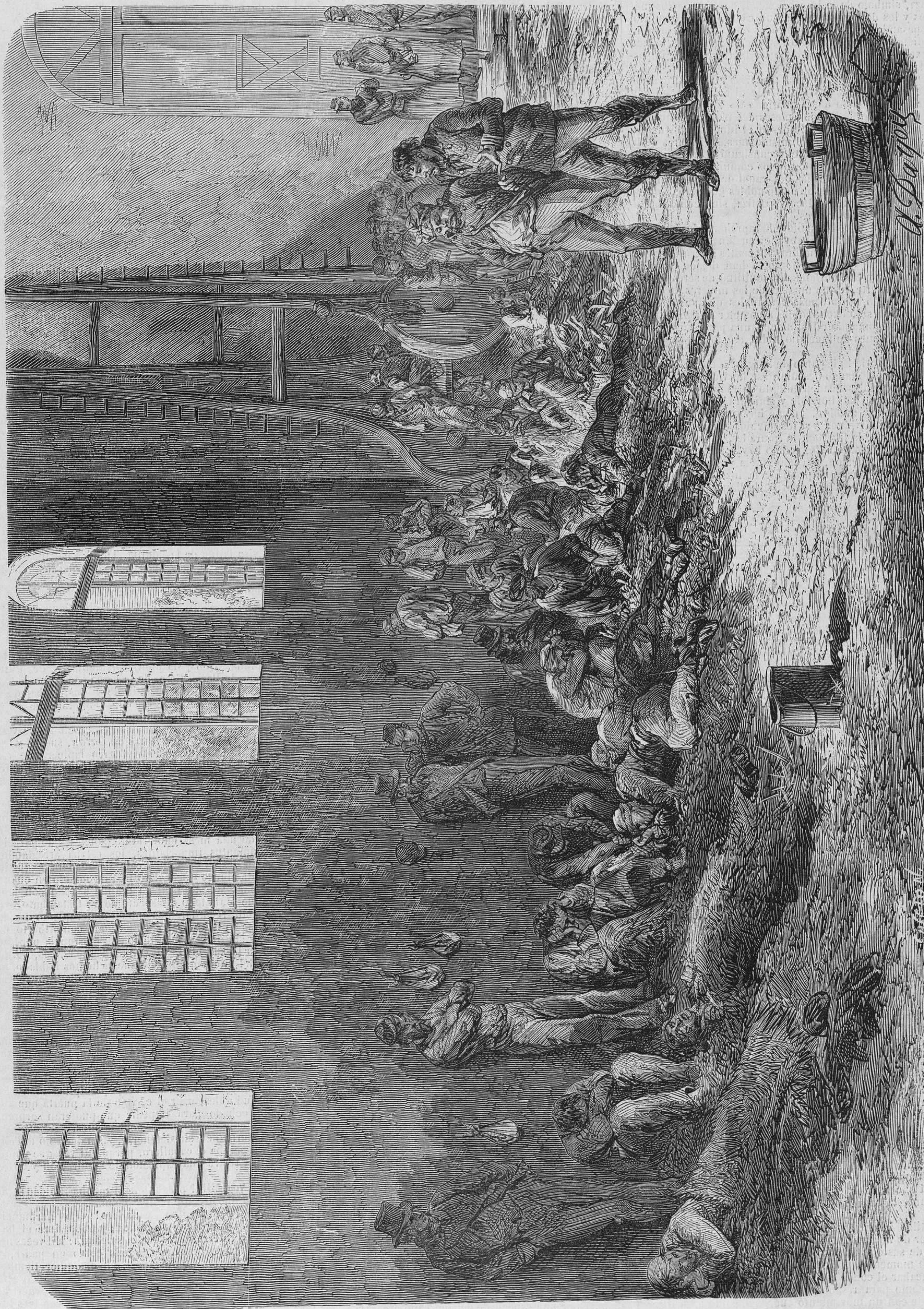
Sin embargo, de todos modos, algunos teatros, como por ejemplo el Francés, el Gimnasio, el Vaudeville, Variedades, la Gaité, el Palacio Real, el Chatelet y el Ambigu han abierto sus puertas, y la población flotante acude á ellos, con tanta mas avidez, cuanto se ejecutan funciones que muy conoci-



LOS PRISIONEROS EN VERSALLES. — Las *Petroleuses*.



LOS PRISIONEROS EN VERSALLES. — Los *Peligrosos*.



LOS PRISIONEROS EN VERSALLES. — Los Interesantes.

herir en defensa de los intereses de la sociedad entera, tiene tambien en la otra mano la balanza; y en esta balanza, simbolo de la imparcialidad, debe pesar los méritos y los deméritos de los que caen bajo su dominio, no pesando las acciones de todos con el mismo peso, ni midiéndolos con el mismo rasero. Thémis, pues, si bien inexorable y vengadora, debe ser tambien recta, imparcial y justiciera.

Debe hacerse sorda á esas plegarias que se dirigen de algunos pueblos y provincias que ni han visto, ni han sufrido, ni pueden darse una idea de lo que ha pasado en Paris durante los dos meses del mando comunero, pero muy particularmente desde el lunes 22 de mayo, hasta el domingo 28 del mismo mes, á las tres de la tarde, hora en que el ejército consiguió el triunfo completo de los últimos restos de los comunistas refugiados y rechazados á las orillas del canal de San Martin, en donde se defendieron, no como nobles guerreros á quienes el combate engrandece y poetiza, sino como rabiosos y desesperados perros.

Cierto que entre los sublevados aprehendidos hay muchos padres de familia, cuya ejecucion haria viudas y huérfanos á muchas criaturas inocentes; pero tampoco debe olvidarse que estos hombres han dejado tambien en la viudez y en la orfandad á multitud de seres dignos de mejor suerte, y que muchas de las mujeres de aquellos han sido tanto ó mas criminales que sus propios maridos, no solo excitándolos á cometer horrores inauditos, sino tomando ellas mismas una parte muy activa en los crímenes de incendio, robo, asesinato y envenenamiento.

¡Oh barbarie! ¡Espanto de la ignorancia y de la miseria! ¡Qué de fango descubre ese hervidero de las pasiones! ¡Qué desencadenamiento de apetitos y de ódios! ¡Y qué leccion tan horrible y siniestra! Si no se quiere que la Francia zozobre, ¡cómo hay que invocar lo que hace á los individuos y á los pueblos morales y libres, la conciencia, la libertad, la honradez, la moderacion y el trabajo! Y sobre todo, ¡cómo hay que combatir mediante la instruccion, esa ignorancia y esos instintos de fieras, y cómo hay que prodigar la luz de la ciencia y los torrentes del bien para evitar la llama del incendio!

J. C.

El orgullo de un hombre.

(Continuacion.)

Dejóse caer sobre el sillón y se cubrió el rostro con el pañuelo, lanzando amargos sollozos. M. de Sibry la contempló silenciosamente un momento, pareciendo esperar que desahogase la primera explosion de aquel espantoso dolor. Despues continuó marcando con afectacion cada una de sus palabras:

— Veo que no me habia engañado. Fácil es ya saber quién es esa jóven extraviada por el amor hasta el punto de obligarle á dar un paso tan vituperable.

Clotilde se levantó repentinamente.

— Pues bien, señor conde, ¿quién es esa mujer á quien él ama?... preguntó como frenética. La conoceis sin duda; ¿quién es?... ¡decidme por favor si conoceis á esa mujer que ha hecho hollar tantos sentimientos generosos y sagrados!

La mas viva admiracion se pintó en las facciones del conde al oír aquella singular pregunta.

— Señorita, volvió á decir examinándola con atencion; si he de creer los exactos avisos que me han dado, de las mujeres que existen hoy en el castillo, solamente sobre dos recaen las sospechas. La una de ellas es Mlle de Sibry... mi hija; y jamás admitiré ni aun la suposicion de que una jóven que se honra con tal apellido, que ha sido educada en los sentimientos de virtud y de nobleza, patrimonio hereditario de nuestra familia, que está prometida y bien pronto será esposa del duque de Saint C... al que espero de un día á otro en el castillo, pueda humillarse hasta el extremo de conceder citas al hijo de un miserable que la fortuna ha hecho rico.

— ¿Y la otra, quién es, señor conde?

— La otra... ¡Audaz pregunta! La otra... sois vos.

— ¡Yo! exclamó la jóven levantando la frente con un movimiento de altivez sublime.

— Sí, vos, señorita Clotilde, gritó el conde con acento imperioso; vos á quien acusan vuestras lágrimas, vuestra actitud y hasta vuestras palabras; vos que habeis abusado de la confianza de los que os colocaron al lado de una jóven de la que debiais ser compañera y ejemplo. Sí, vos sois la que os habeis transformado en objeto de escándalo y vergüenza para toda la familia de Sibry... ¡Atrevedos á decir que no os reconoceis culpada! ¡Atrevedos á hacer recaer sobre otra la acusacion que cuantos habitan esta casa han hecho ya caer sobre vuestra cabeza.

Clotilde habia permanecido en pié: en sus megillas el color de la grana habia reemplazado á la palidez, y el fuego de sus ojos secado las lágrimas de que estaban llenos un momento antes.

Al acabar el conde de hablar, la pobre niña abrió la boca como para responder, tendiendo el brazo hácia adelante con un movimiento enérgico, como para alejar

la vergüenza que se le queria hacer sufrir; pero de repente se detuvieron las palabras de indignacion que se atropellaban hácia sus labios, contenidas por una reflexion súbita; su brazo se aflojó, inclinó la frente hácia el suelo, y dijo en voz apenas inteligible, dejándose caer sobre el sillón:

— ¡No!... ¡no quiero responder!...

Estas palabras fueron acogidas por el inflexible juez como una plena confesion, y continuó diciendo, despues de esperar algunos instantes.

— Esta mañana misma habré recibido de mi parte M. Alberto Latouche el encargo formal de no volver á presentarse jamás en el castillo de Sibry. En cuanto á vos, señorita...

— ¿Me echais á la calle tambien?... ¿no es esto, señor? dijo la jóven con firmeza.

— Partireis dentro de dos horas. Antonio, mi ayuda de cámara ha recibido ya la órden de conducirnos en la carretela á la ciudad mas próxima, y de nadie os despedireis, porque la despedida seria un nuevo escándalo...

— Obedeceré, señor.

— Por lo demás, continuó el conde friamente, tomando un papel de sobre la mesa; como sé que no tenéis ni padres ni bienes, y que antes de esta funesta catástrofe siempre habiais merecido la estimacion y el afecto de cuantos os rodeaban, no quiero que os separeis de la familia de Sibry sin que recibais una prueba de gratitud por vuestros pasados servicios. La que ha sido compañera y amiga de mi hija no debe volver á conocer la indigencia: tomad, ese papel es una órden firmada por mí, en cuya virtud mi notario de Paris os satisfará una pensión vitalicia de 3,000 libras... La escritura se os entregará despues, luego que indiqueis el paraje en donde penseis estableceros.

Clotilde recibió el papel que la presentaba el conde, y sin violencia ni cólera lo hizo pedazos, añadiendo despues con tranquila y melancólica voz:

— No os ofenda mi atrevimiento, señor conde; pero si juzgais que no tengo derecho para rechazar vuestras reconvencciones y vuestro desprecio, creo que por lo menos me queda el de no aceptar vuestros beneficios. Habeis dicho que no soy mas que una pobre muchacha sin padres, sin amigos y abandonada desde que nací á los azares de una vida miserable. Pues con todo, señor conde, al abandonar el castillo de Sibry, lo único que quisiera me acompañase, es lo que no quereis concederme... alguna estimacion. Ya veis que es preciso me retire sin pedir ni recibir nada. ¡Dios quiera que no os deje algun remordimiento en la conciencia, si es que una criatura tan insignificante como yo puede dejaros ni el recuerdo de su nombre!

Mientras pronunciaba estas palabras, resonaba su voz tan dulce y pura, y su continente era tan gracioso y lleno de dignidad, que el conde se conmovió profundamente; contemplóla algunos instantes titubeando, y exclamó al fin como hablándose á sí mismo:

— ¡Singular criatura! ¡me hace olvidar mientras la escucho que la mujer no es mas que una mezcla de falsedad é hipocresía! ¡confesadme que vuestra falta no proviene sino de la inexperiencia y de la juventud! ¿No es cierto que si hubierais poseído grandes bienes, una posicion elevada en el mundo, ¡qué sé yo! una familia, un marido que os amase, un apoyo cualquiera, no os habriais dejado vencer?... Sí, sí: podreis encontrar defensa, desgraciada niña... ¡pero otras!... ¡otras!

Interrumpióse repentinamente, arrojando un hondo suspiro.

— Sin embargo, añadió despues de un corto silencio, aunque embozco las excusas que teneis, me es imposible perdonaros... El castillo de Sibry es una especie de santuario del que debe ser alejado todo aquel que se atreva á profanarlo. ¡Mirad! continuó tendiendo la mano hácia el árbol genealógico colocado á su frente: ¿veis en el último extremo de ese antiguo tronco de mi familia un vástago solo y aislado que lo corona? pues ese vástago soy yo: yo el último de mi raza, que muy pronto dejaré de existir. Cuando el nombre antiguo y respetado que me transmitieron mis padres se extinga conmigo, es preciso que permanezca puro y sin tacha, como lo usó el primero de mis abuelos: preciso que la morada que habitaron mis antepasados aparezca santa como el templo. ¡No sabeis, jóven, cuán difícil peso es el de un nombre glorioso como el mio, ni cuán terribles sacrificios impone la necesidad de conservarlo puro é intacto!

Poco á poco se habia ido debilitando su voz, hasta que concluyó por apagarse del todo. Su mirar, tan penetrante por lo comun, habia adquirido la inmóvil y espantosa fijeza que se observa en los que son atacados de la catalepsis.

Clotilde esperaba que dijera alguna otra cosa, pero el anciano parecia haber perdido hasta el sentimiento de su existencia.

— ¡Adios, señor conde! dijo la jóven con acento de angelical dulzura; ruego á Dios se digne concederos la paz del alma.

Una seña hecha con la mano fué la única muestra que el conde pudo dar de haberla entendido. Despues se dejó caer sobre el respaldo de su sillón, entregado al mas tétrico abatimiento.

Atravesó lentamente Clotilde la biblioteca, y al abrir la puerta del fondo dirigió su última mirada al conde de Sibry: conservábase en la misma actitud, y mas que otra cosa parecia un cadáver en su palidez y en su inmovilidad.

Cerró tras sí la puerta, deteniéndose para desahogar el dolor que la oprimia durante aquellos momentos en que no tenia necesidad de violentarse; en seguida, y arrebataada por una especie de delirio, echó á correr hácia

la extremidad de la galería de los retratos, y ya casi pisaba su cuarto, adonde se dirigia á hacer los preparativos de marcha, cuando Hermancia, que parecia esperarla, la detuvo repentinamente.

Mlle de Sibry, que en su agitacion y en la alteracion de sus facciones manifestaba la secreta angustia que la dominaba, sujetó por la mano á Clotilde, diciéndola con precipitacion:

— ¡Por Dios, Mlle! ¿habeis visto á M. de Sibry? ¿qué os ha dicho? ¿qué es lo que queria?

Clotilde apartó su mano con un gesto despreciativo.

— ¡Señorita de Sibry, dijo con sombría tristeza, ya comprendo las muestras de amistad que hace poco me dispensásteis! Tranquilizaos: la pobre muchacha sin nombre sufrirá la pena que ha merecido una rica y noble señorita. No he olvidado lo que os debo á vos y á vuestra familia, y sabré sacrificarle por todos. Amáis y os aman... Sereis estimada, poderosa, feliz... En cuanto á mí se me arroja á la calle, y... ¡moriré de vergüenza!

Hablando así quiso huir; pero Hermancia la detuvo, diciéndola con vehemencia:

— ¡Por piedad, Clotilde! ¡escuchadme!... Ignorais que M. Alberto...

La jóven aya se desprendió de ella con dignidad.

— ¿Olvida la señorita de Sibry, dijo en tono imponente, que al despedirme del castillo el señor conde me ha devuelto el derecho de no obedecer á nadie?

Al mismo tiempo se alejó rápidamente dirigiéndose á la escalera principal, mientras Hermancia exclamaba desesperada, apoyando su frente contra la pared de la galería:

— ¡Y ahora qué he de hacer, Dios mio!

El cuarto del caballero de Clermont presentaba tambien aquel aspecto antiguo y grave cuyo carácter conservaba el castillo de Sibry en toda su pureza. Era un vasto salon cuyas paredes se veian cubiertas de inmensos paños de corta obra, en la que alguna dama del castillo habia empleado toda su vida. La cama colgada estaba cubierta de un magnífico brocatel, en cuyos dorados reflejos se notaba desde luego la suntuosidad y la magnificencia. Los demás muebles, aun cuando contruidos en distintas épocas, todos eran de encina ennegrecida por el tiempo, y mas ó menos cargados de esculturas. Sobre la maciza chimenea de mármol, que durante el invierno debía dar mas frio que calor á la sala, descollaban orgullosamente el eterno lobo de plata y la divisa latina de la familia. Tupidas cortinas de damasco encarnado modificaban la luz que las ventanas franqueaban, inclinando á la meditacion.

Sin embargo, las inclinaciones, las costumbres y los hábitos enteramente mundanos del que ocupaba la habitacion, se manifestaban por medio de una multitud de objetos destinados especialmente á su uso, y que sin duda le pertenecian en propiedad. Sobre una especie de cómoda gótica estaba cubierto un rico neceser de plata sobredorada, trabajada admirablemente y de última moda aun de Paris. Cerca de la cama pendia colgado de la pared un estantito portátil de libros, trabajado en caoba, que contenia las obras mas notables de los escritores del dia. Sobre la chimenea y sobre los muebles bruñidos por el uso de muchas generaciones se veian esparcidas estatuas-caricaturas de *Datan*, suaves y frescas litografías nacidas bajo el franco lapicero de *Gabarné*, y la multitud de fruslerías artísticas de bronce, de esmalte y de oro, que son hoy indispensable acompañamiento de cualquier amueblado elegante.

Ni indiferente ni tranquilo permanecia el caballero en aquella habitacion durante la entrevista que acabamos de referir del conde de Sibry y de Clotilde. Sentado delante de una mesa cubierta de papeles, que parecian ser documentos importantes, los estaba arreglando y colocando despues en una caja de madera exquisita. Veíasele taciturno y pensativo fijar de cuando en cuando sus miradas sobre un pliego grande sellado con lacre negro, que tenia todo el aspecto de un testamento.

En efecto, recordaremos que en aquel mismo dia debia batirse en desaffo M. de Clermont con Alberto Latouche, y sin duda estaba ligada su existencia por lazos secretos á la suerte de otras muchas personas, porque además del pliego grande de que ya hemos hablado, habia algunos otros en la mesa, todos con distintos sobres. La importancia de aquella ocupacion no impedia que el caballero padeciese frecuentes distracciones: de tiempo en tiempo prestaba el oído como si hubiera querido escuchar los pasos de alguna persona que debia llevarle interesantes avisos; despues continuaba su trabajo, cuando, con evidentes señas de disgusto, reconocia que se habia equivocado.

Pero en fin llamaron muy bajito, y el caballero, despues de haber encerrado en la caja precipitadamente los papeles, fué á descorrer el cerrojo de la puerta que antes habia echado para impedir que pudieran sorprenderle en medio de sus graves ocupaciones.

Entró Hermancia sin detenerse, y sin duda no era ella á quien esperaba el caballero, porque al verla se manifestó en su rostro una expresion de admiracion y de impaciencia.

— ¿Sabeis vos, Mlle? preguntó con mucha frialdad; ¿podré saber á qué urgente motivo debo...

— ¡Ah! ¡perdonadme, caballero! dijo Hermancia mas inquieta y agitada que nunca; perdonadme el haber venido á interrumpir vuestra soledad... Mil veces me habeis asegurado que me amábais como un padre, y que en cualquier circunstancia, en cualquier tiempo, á vos solo debia dirigirme si necesitaba consejos ó servicios. El momento es llegado de recordaros vuestras promesas. Vengo á implorar el auxilio de vuestras luces y vuestra proteccion... Por piedad, salvadme.

Hablando así sollozaba con las manos cruzadas en actitud suplicante.

— ¿Qué teneis, hija mia? La preguntó el caballero bondadosamente; nunca os he visto tan afligida; ¿qué se ha hecho vuestra alegría?...

— ¡Qué es lo que tengo! replicó Hermancia bañada en lágrimas, ¿no sabéis lo que acaba de suceder en la habitación de papá? ¿No sabéis que la pobre Clotilde...?

— ¡Qué!...

— La echan á la calle... dentro de una hora habrá salido del castillo.

El caballero no pronunció ni una palabra, pero se apoyó contra la pared como si le hubiera sido imposible sostenerse, y permaneció algunos instantes en un estado de incompleta insensibilidad.

— Sí, continuó la jóven con desesperacion, está perdida y deshonrada si no la socorreis... pero la concederéis vuestro apoyo, ¿no es verdad, señor? No sé por qué tengo la conviccion de que bastará que veais al señor conde para conseguir al instante el perdon de la pobre Clotilde, y no me negareis este favor. ¡Sois tan bueno!

El caballero no la escuchaba, y todavía no repuesto del golpe que aquella revelacion le habia dado, decia entredientes sin notar lo acaso él mismo, á pesar de lo acostumbrado que estaba á dominarse:

— ¡Con que es cierto! ¡Con que era ella!... ¡Lo habré visto todo!

Hermancia perturbada por la inminencia del peligro que corria su antigua compañera, continuaba sus ruegos y repetía con instancias cada vez mas vivas:

— ¿Pero no me entendeis, señor caballero? ¡es preciso apresurarse si no queréis llegar demasiado tarde! He visto á Antonio preparando la carretela para el viaje de Clotilde. Dentro de una hora debe marchar. M. de Sibry permanece en su cuarto, corred á verle, exigidle su perdon...

A fuerza de oír repetir las mismas cosas, el caballero pareció en fin salir del entorpecimiento en que habia caído. Las últimas palabras de Hermancia fueron las que mas vivamente llamaron su atencion.

— ¡Implorar su perdon! dijo levantándose enteramente turbado. ¡Pedir gracia al conde de Sibry, á ese hombre de bronce y de granito, cuando está convencido de que es culpada y de que ha profanado su casa! No, no, repitió paseándose rápidamente por la sala; tiene razon: justicia y nada mas... ¡Culpada! ¡Dios mio! ¡Culpada!

— Pero ¿y si no lo fuera! exclamó Hermancia en medio de un impulso de generosidad mas fuerte que toda su prudencia.

El caballero se detuvo repentinamente, fijando sobre Mlle de Sibry una mirada inocente.

— ¡Clotilde inocente! y entonces ¿quién puede ser...?

— Ye, dijo Hermancia, cayendo de rodillas á sus pies.

— ¡Vos, Hermancia de Sibry! exclamó el caballero en voz baja y aproximándose con rapidez á levantarla.

— ¡Yo! repitió la jóven manteniéndose arrodillada y con la voz ahogada por los sollozos; todo lo sabéis... anoche... en el invernáculo... ¡ah! ¡nunca olvidaré vuestras terribles palabras... «ama á la una y pretende casarse con la otra...» ¿Ignorábais cuál era la que en su favor se deshonraba? ¡Pues era esa misma á quien no ama!

— ¡Clotilde! ¡pobre Clotilde!

— Ahora la salvaréis, ¿no es verdad? continuó Hermancia levantándose. No sufriréis que ella sufra la pena de la falta que yo cometí... Escuchadme, M. de Clermont... vos sois mi único apoyo, mi único defensor... solo vos habeis oido esa amarga confesion... Porque mi madre me hubiera aborrecido y mi padre me inspira un terror invencible... ¡No burlareis mi confianza!... ¡Salvad á Clotilde!

— Sí, la salvaré, os lo juro; exclamó enagenado el caballero.

Desde aquel instante principió á sobreponerse á la exaltacion de que se habia dejado arrebatado, volviendo á entrar poco á poco en su acostumbrada calma y frialdad. Los sentimientos tumultuosos quedaron encerrados dentro de aquella alma tan profunda como en apariencia impasible.

— Oidme, señorita; dijo tomándola de la mano y obligándola tíernamente á sentarse; para socorrer con eficacia á Clotilde sin perjudicaros á vos misma, es preciso que yo sepa con exactitud cuanto ha sucedido. Respondedme, pues, sinceramente: el mas leve error, la mentira mas insignificante, podria producir espantosas desgracias que recaerian sobre Clotilde, sobre todos nosotros. Ante todas cosas, ¿es cierto que amais á M. Alberto Latouche?

— Ayer, caballero, contestó Hermancia llena de rubor, me hubiera atrevido á afirmar que sí; pero hoy ya lo dudo. Las crueles revelaciones que hicisteis anoche me han iluminado acerca de mis verdaderos sentimientos. Quizá la ligereza, el aturdimiento de una muchacha inexperta, seducida por las lisonjas, me hicieron creer... ¡Pero él no me amaba!... estoy segura de ello... A Clotilde es á quien quiere... y Clotilde le ama tambien.

— Bien, dijo el caballero algo pensativo. ¿Me asegurais que la de ayer fué la primera cita que concedisteis á ese hombre?

— ¡La primera! sí, señor... ¡os lo juro!

— ¡Gracias á Dios! no es el mal tan grande como lo parecia, dijo despues de un instante de reflexion. Acaso en el fondo de todo eso no hay mas que un paso imprudente, cuyas consecuencias han sido demasiado gra-

ves. Voy á hacer frente á la tempestad... Hablaré al señor conde.

— Ahora mismo... ¿no es esto, caballero?... ¡Ahora mismo!

— ¡No conoceis, señorita, dijo tristemente M. de Clermont, el hombre á quien vamos á pedir ese acto de justicia! ¡Ignorais que si no tuviera yo algunos medios reservados para una ocasion decisiva, ni los ruegos ni las lágrimas del mundo entero bastarian para hacer variar la resolucion que ese anciano inflexible hubiera una vez adoptado! ¡Pedid, Hermancia, á Dios, que os libre de la cólera y del odio de vuestro padre!

— ¡Me prometeis, pues, no revelarle!...

Al ir á exigir del caballero la promesa de no descubrir de modo alguno el secreto que Hermancia acababa de confiarle llamaron á la puerta y entró casi al mismo tiempo la condesa. Hermancia se puso en pié avergonzada, y madama de Sibry la dijo con severidad:

— ¿Qué haceis aquí, señorita? ¿Habeis venido á fastidiar al caballero con vuestras lamentaciones? ¡No podiais sufrir á esa jóven cuando estábais juntas, y ahora que es forzoso separaros de ella os desesperais?... Segun se ve, caballero, se me han adelantado, y ya estareis enterado de la aventura de esa... Clotilde.

— Todo lo sé, señora, contestó el caballero, abriendo la caja que tenia sobre la mesa para tomar y guardarse en el bolsillo un pliego sellado que en ella estaba encerrado; y ¿podreis decirme qué es lo que hace ahora esa... Clotilde?

— Está encerrada en su cuarto, y pienso que escribiendo, porque ni responde ni quiere abrir. ¡Ya veis, caballero! no me equivocaba al afirmar era ella la que anoche...

— ¡Señora! ¡señora! dijo el caballero con tan vehemente intencion que no pudo ocultarse á la condesa; ¡nadie mejor que vos sabe cuán peligroso es y cuánto hace padecer una sospecha injusta! No os apresuréis á condenar á Mlle Clotilde, y entre tanto os ruego tengais á bien oponeros á que se ausente del castillo hasta mi vuelta.

— Y ¿á dónde vais, caballero?

— A ver al conde vuestro esposo.

La condesa retrocedió admirada.

— ¡Vos! exclamó mirándole atentamente; ¡vos á ver al conde de Sibry y á solas! ¿Habeis perdido la memoria, caballero, ó el juicio?

— Ni lo uno ni lo otro, señora, contestó con gravedad M. de Clermont; lo que importa es que durante esta entrevista, de mas trascendencia de lo que podeis figuraros, os digneis detener en el castillo á Mlle Clotilde. Es cosa que debo suplicaros expresamente.

— ¡Eso es imposible! Las órdenes que el conde dá por sí mismo nadie puede contravenirlas aquí; yo misma no me atreveria á hacerlo.

Durante esta conversacion, el caballero y las señoras habian salido del cuarto y llegado á la escalera principal de la habitacion del conde. En el momento de separarse de ella dijo en voz baja M. de Clermont á la condesa:

— Cualquiera infamia que se dirija á Mlle Clotilde recaerá sobre mí. Si Mlle Clotilde sale del castillo, tambien saldre yo de él para nunca volver á pisar sus umbrales.

— ¡Vos, caballero!... Hacedme el favor de explicar de dónde procede el extraordinario interés que os inspira esa...

— Señora y señorita de Sibry, dijo el caballero con profunda gravedad; rogado á Dios que permita logre yo enternecer el corazon de vuestro marido y de vuestro padre, porque no se trata solo de la suerte de Mlle Clotilde, sino de la vuestra y de la mia.

Acabando de pronunciar estas palabras, saludó inclinandose y se alejó rápidamente.

Llegado que hubo á la puerta de la biblioteca, detúvose el caballero para reflexionar, y como para afirmarse en alguna repentina y extraordinaria resolucion que temiese no poder sostener con bastante firmeza cuando llegase el momento de ejecutarla. Satisfecho en fin de sí mismo, con tranquilo rostro y seguro paso abrió sin hacer ruido la puerta y se dirigió hácia el gabinete con tanto desahogo como si sencillamente se tratara de visitar á su mejor amigo.

Hallábase M. Sibry en la misma actitud poco mas ó menos en que le habia dejado Clotilde, siendo muy probable que la tétrica y misteriosa insensibilidad en que estaba absorto se hubiera prolongado por mas tiempo si no hubieran venido á sacarle de ella. La inesperada aparicion del caballero le hizo estremecer; sus ojos centellearon, cubriéronse sus pálidas mejillas con el rubor de la indignacion, y poniéndose en pié medio convulso, exclamó apretando los dientes:

— ¡Vos aquí! ¡vos! ¡qué horrible audacia!

El caballero, por el contrario, saludó con finura, y fijando sus ojos sobre los del conde, le dijo con aspecto sereno y lleno de dignidad:

— Tendreis á bien dispensarme, señor mio, la libertad que me he tomado de llegar hasta aquí sin hacer pasar recado; mas no habiendo encontrado á nadie en la antesala, y siendo el asunto que me conduce aquí urgente hasta lo sumo...

— ¡Qué me importa! respondió el conde, á pesar de que hacia los mayores esfuerzos para dominarse; bien sabéis que nada puede haber de comun entre el conde de Sibry y un... y vos.

— Creia yo, replicó M. de Clermont sin dejarse intimidar y con acento ligeramente irónico, que no puede ser indiferente á M. de Sibry el mostrarse injusto contra cualquiera, y solo para evitar una injusticia...

— ¡Es cosa sublime! El señor caballero de Clermont se dedica á enderezador de entortos, y se cree facultado para venir á darme lecciones aun en mi propio cuarto; ¡esto es magnífico! pues bien, lo escucho, pero que me haga el favor de darse prisa, porque...

— Porque su presencia os es desagradable, continuó el caballero sonriéndose. No os molesteis, señor conde, en disimular la expresion de vuestro odio, porque antes de entrar aquí me he preparado á sufrir todo su peso, y sabré oír tranquilo vuestras injurias, porque tengo la seguridad de haceros arrepentir de ellas en cuanto quiera...

— ¡Me amenazais! dijo el conde ardiendo en cólera y con altivez.

— Puede ser que sí.

El anciano se sonrió á su vez, y se dejó caer sobre su sillón volviendo su cabeza en ademán de desprecio.

— Señor conde, continuó el caballero con su imperturbable presencia de ánimo. Acabais de hacer venir á vuestro cuarto á una pobre niña colocada por mí mismo al lado de Mlle de Sibry, y despues de haber reprendido el escándalo de la noche pasada, el que juzgais ha sido producido por ella, la habeis despedido ignominiosamente. Semejante resolucion es por lo menos demasiado severa, y yo vengo...

— A solicitar su perdon, ¿no es esto?

— Eso mismo justamente; y este perdon...

— ¡No os lo concederé nunca! dijo el conde con acento iracundo; ¿teneis mas de que hablarme?

— Señor de Sibry, no puedo creer que por unas simples sospechas deshonreis de ese modo á una niña digna de interés y de lástima.

El conde se levantó de un salto, y cruzando los brazos sobre el pecho, exclamó con terrible acento:

— Y ¿creéis, Amadeo Rieul, porque para mí vuestro nombre no es secreto, pensais que os bastará una palabra para renunciar á una medida que interesa al honor de mi casa? ¿Cómo habeis podido adquirir tan necia confianza en vos mismo? Mucha ilusion os habeis hecho sobre la autoridad que os he dejado ejercer, si creéis que os ha de ser permitido venir á insultarme con desvergüenza hasta en mi propio cuarto. ¿Podeis creer que diez y ocho años de dolor, de soledad y de cólera hayan ahogado en mí los recuerdos que nos dividen? ¿No conoceis que ese perdon, tal vez no imposible de conceder á cualquiera otra persona, os lo he de negar á vos porque os aborrezco y os desprecio?

— Ya os he dicho, señor conde, que no hay nada que no venga preparado á oír.

— Pues bien, escuchadme pues, exclamó el anciano recorriendo el gabinete con agitacion; porque no quiero negar que esos recuerdos me ahogan, y que ese odio concentrado en lo mas profundo de mi alma, necesita desahogarse. Si habeis olvidado lo que pasó, os refrescaré la memoria para que podais juzgar del derecho que teneis á pedirme gracias.

«Veinte años hace que os ví en el mundo por primera vez, y aunque vuestro origen me era conocido, no me desdeñé de entrar en relaciones con vos, como si hubierais pertenecido á mi clase. Personas de muy alta categoria, á quienes se decia habiais prestado servicios, no sé de qué especie, os manifestaban aprecio. Vuestros hábitos y vuestros modales pertenecian á la sociedad escogida, y os adornaban cualidades, que, aunque mas brillantes que sólidas, fueron suficientes para producir simpatias en el corazon de un hombre honrado, que no tenia idea de los vicios que abrigábais en el vuestro... Todo aquello me alucinó, me deslumbró; os introduje en mi casa, os hice mi amigo, ignorando aun la negra ingratitud con que os proponiais pagar mi condescendencia y mi confianza.

» Me casé: acaso fué imprudencia en un hombre ya viejo casarse con una mujer jóven y hermosa cual ella lo era entonces; pero ¿quién es el que no tiene su dia de locura y de orgullo? Feliz me juzgaba, esperando que, despues de haber sobrevivido á la borrasca de las revoluciones, el nombre que me honra no pereceria conmigo, y en medio de un delirio de ventura y de gozo anhelaba ver lucir la aurora en que el cielo me concediese un heredero.

» Nada faltó entonces á mi prosperidad. Habia llegado á la cúspide de los honores y de la fortuna; tenia una mujer bellísima, graciosa, bien recibida en todas partes, á la que amaba creyendo ser amado y en la que fundaba mi orgullo, porque se me figuraba tambien que ella lo tenia en pertenecerme. El porvenir se me presentaba tranquilo y lleno de dulces emociones: iba á ser padre, contando con ver crecer á mis ojos al que debia perpetuar el nombre de mis antepasados; desafiaba á la suerte de que me reservase nuevos infortunios; pero en medio de aquel desvanecimiento, un rumor, al principio vago y despues cada vez mas intenso y amenazador, se esparció entre aquel mundo ligero y frívolo que yo frecuentaba. El amigo á quien habia concedido una confianza ilimitada, y que incesantemente nos acompañaba, despertó generales sospechas. Le espieron sin duda, observaron todos sus pasos, y bien pronto derramando la maledicencia su veneno sobre cuanto me pertenecia, llegó á ser imposible detener aquel horrible contagio.

(Se continuará.)

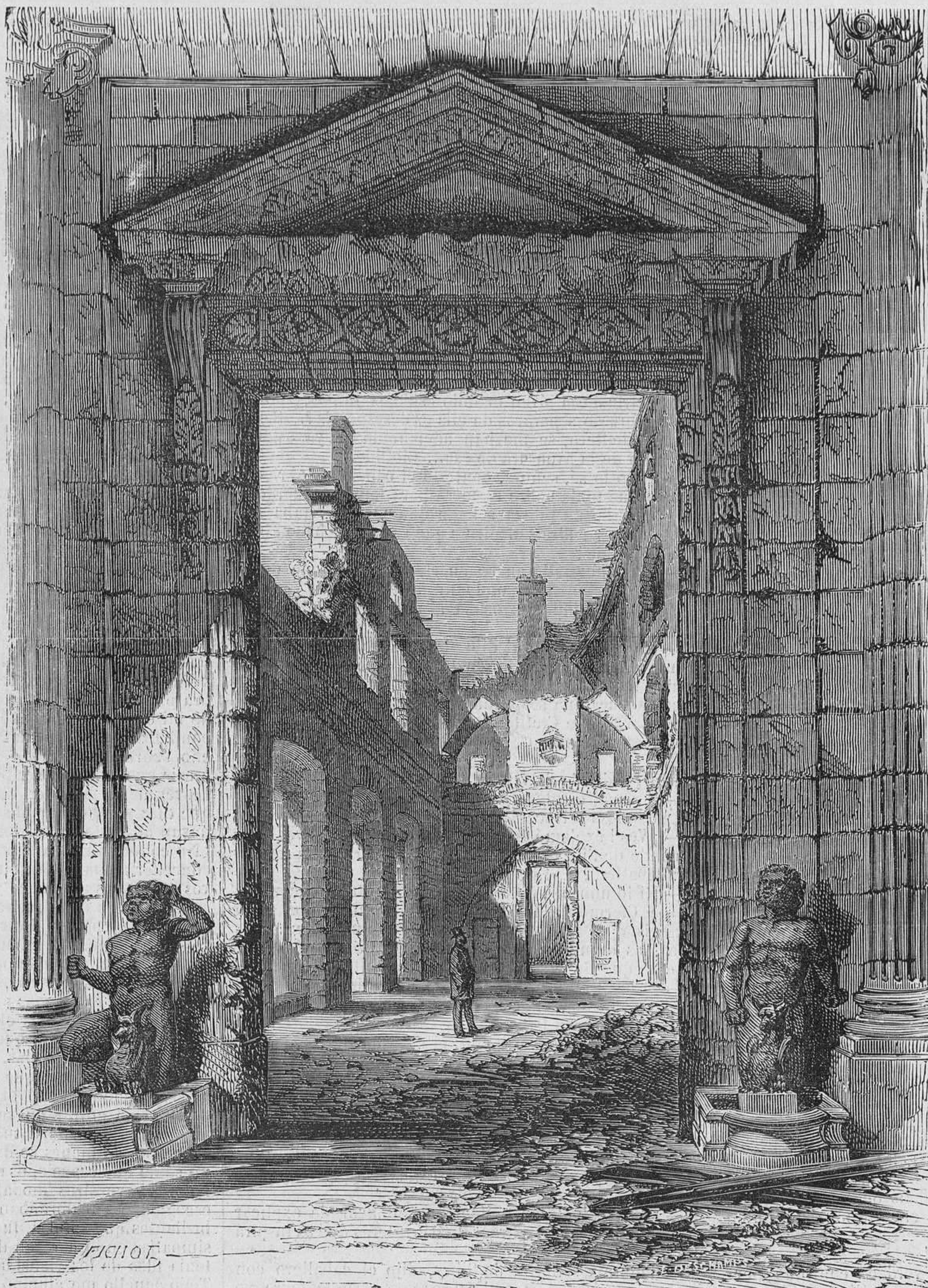
Las ruinas

DEL PALACIO REAL.

En uno de nuestros números anteriores hemos dado una vista del Palacio Real, representándole en el estado en que le puso el incendio del 24 de mayo. No tenemos nada que decir sobre aquel desastre. Hoy presentamos á la vista del lector la entrada de honor del mismo palacio con las ocho columnas dóricas, entrada que conduce á la escalera de una construcción tan elegante. La escalera ocupaba un espacio ovalado, y conducía á las habitaciones del piso principal, hoy completamente destruidas.

Diremos cuatro palabras sobre el origen de este palacio, que no fué en su principio mas que un hotel, el hotel Richelieu, del nombre del famoso cardenal que le hizo edificar. En 1836 se aumentaron las construcciones, y entonces tomó el nombre de Palacio Cardenal, que cambió algunos años después por el de Palacio Real, en la época en que Richelieu hizo su donación al rey Luis XIII, y la regente Ana de Austria le habitó con su hijo, el futuro Luis XIV. Después de Ana de Austria habitó el Palacio Real la Reina de Inglaterra, de 1652 á 1664. Desde entonces fué residencia de los príncipes de Orleans, que en febrero de 1692 se convirtió en propiedad suya á título de dotación.

No era en aquel tiempo el edificio lo que es hoy, pues se componía de una reunión de construcciones irregulares, de bastante mal gusto. Hasta el año 1763 apenas pensaron en su or-



El Palacio Real después del incendio. — Vestíbulo del piso principal.

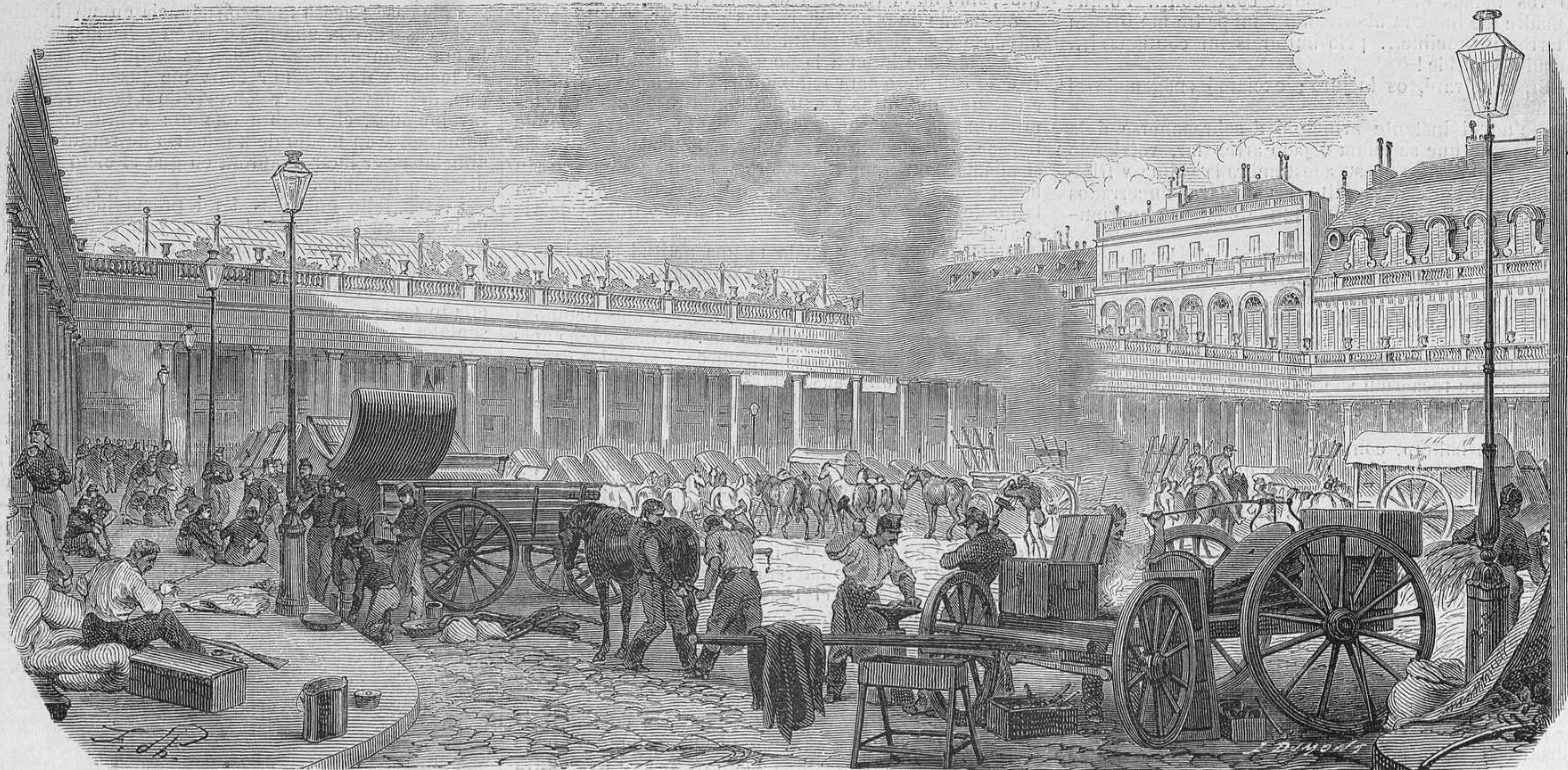
nato interior; pero el 6 de abril de 1763 hubo un incendio que destruyó el teatro construido por Richelieu, el ala izquierda y una parte del cuerpo principal, y entonces se decidieron á reconstruir el palacio sobre un nuevo plan.

Los arquitectos Moreau y Coultant d'Ivry levantaron el palacio actual, que no se terminó hasta el año 1829, bajo la dirección de Fontaine y Percier, á quien se debe la galería de Orleans, que ocupa el sitio de las famosas barracas, conocidas con el nombre de *Galería de madera*.

El Palacio Real se compone de un cuerpo principal con bajos, piso alto y guardillas en el fondo de un patio cuadrangular, y de dos alas prolongadas hasta la plaza, y que acaban en pabellones. Estas construcciones observan el orden dórico en los bajos, y el jónico en el primer piso. Un pórtico de seis arcos cerrados con rejas une los pabellones de ángulo. El cuerpo principal se acusa en el centro por un gran pabellón, adornado con seis columnas jónicas pareadas, elevadas sobre tres arcos que dan entrada al vestíbulo. Finalmente, un átrio con pilastras corona el orden jónico y sostiene en su centro un frontón semi-circular.

Grandes han sido las averías de este palacio. El interior ha quedado destruido, y el exterior se encuentra en el peor estado. La techumbre del pabellón central y de sus alas se ha hundido; pero quizás será posible salvar la fachada. Los destrozos del fuego no se han extendido á las construcciones y galerías del jardín.

Hemos dicho al principio de este artículo los nombres que había tenido el Palacio Real hasta el año 1643; luego



Las tropas en el patio del Palacio Real.

tuvo otros. En 1793 se llamó Palacio Igualdad; después del 18 brumario fué el Palacio del Tribunado; en 1848, Palacio Nacional, y por fin, en 1852, recobró su antiguo nombre de Palacio Real, que ha conservado hasta el día. ¡Quién sabe qué nuevo nombre el porvenir le reserva!

C. P. D.

Correspondencia de Alsacia.

LA SEÑORITA RITON. — LAS PRISIONES EN ESTRASBURGO.

Hace pocos días una de las señoras de Estrasburgo que con tanto celo y patriotismo se ocupan en proporcionar algún socorro á los prisioneros franceses que pasan y se detienen en la estación de Kœnigshoffen, cayó del estribo de un wagon á punto que el tren se ponía en marcha; quedó despedazada por las ruedas de los coches. Este trágico fin, ocasionado por una filantropía incomparable en favor de los prisioneros franceses, provocó un extraordinario conjunto de gente en el funeral de la señorita Riton, que así se llamaba la interesante víctima. Espontáneamente, muchos centenares de soldados franceses, alsacianos que habían regresado á sus hogares, llegaron á la casa mortuoria vestidos con sus uniformes, y el entierro de la señorita Riton se convirtió en una verdadera manifestación de simpatía francesa.

La comitiva era imponente, y tenía un carácter nacional y patriótico. El féretro iba precedido por centenares de huérfanos, de ancianos de los hospicios, de



Estrasburgo el 28 de setiembre de 1870. — Grabado alegórico de M. Matthis.

jóvenes y señoras de Estrasburgo vestidas de negro y veladas.

La emoción pública llegó al colmo y todos los ojos se llenaron de lágrimas, cuando vieron el féretro cubierto de flores, rodeado de militares franceses y seguido por centenares de soldados entre gente civil de todas las clases. Todos, vecinos y soldados llevaban en el ojal un ramito de siemprevivas, cuya significación debieron comprender los prusianos.

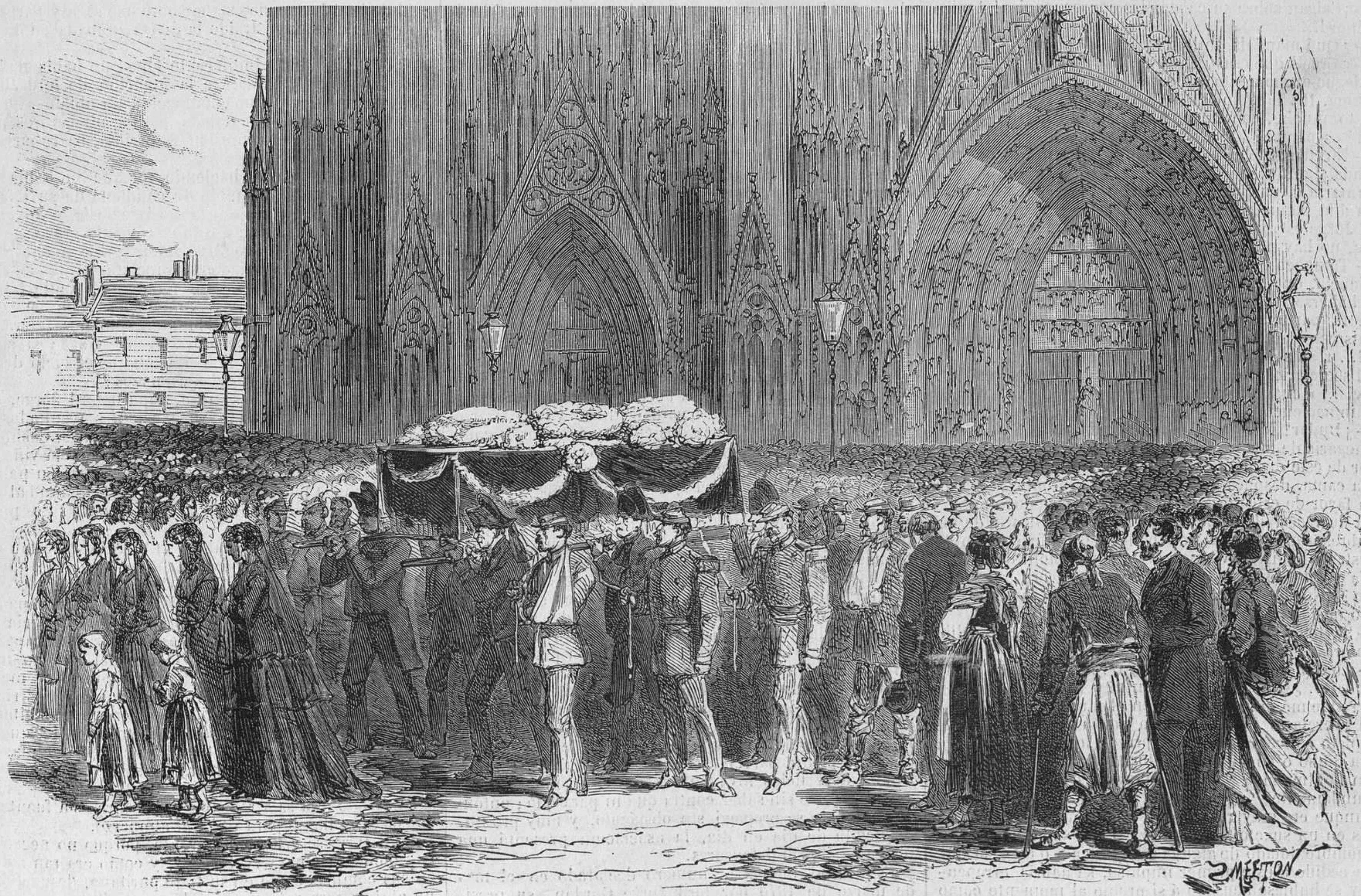
(Véase el dibujo de esta ceremonia en la página 29).

Otro asunto. La falta de tribunales regulares ha sido una verdadera plaga para la Alsacia. Desde hace más de ocho meses no hay allí jueces; únicamente han quedado en pie los tribunales de comercio, que dan sus sentencias á nombre del pueblo francés. En cuanto á la jurisdicción penal, ha sido reemplazada en toda Alsacia por un consejo compuesto de magistrados prusianos y de militares, consejo que suplente á todos los tribunales correccionales y criminales de la provincia. En los asuntos políticos se muestra de una rigidez extraordinaria. Sin embargo, justo es decir que el tribunal de guerra que tiene su asiento en Estrasburgo juzga con minucioso cuidado y con una equidad casi indulgente los delitos de derecho común.

La acumulación de las causas en Estrasburgo hace que todos los días se vean por las calles de la ciudad bandas de presos, espectáculo nuevo é insólito en la población, y que reproduce nuestro grabado de la primera página.

Damos también una fotografía, que es una copia de una estampa de Matthis, la cual ha obtenido un gran éxito en Alsacia. Representa Estrasburgo el día de su rendición, concebida con un sentimiento verdaderamente dramático; ha sido ejecutada por M. Matthis con una habilidad que honra sobremedera su talento.

C. L.



La Alsacia de los prusianos. — Funeral de la señorita Riton en Estrasburgo.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion — Véase el número 963.)

— ¿Cómo se llama su presidente? preguntó lord Jorge.

— Presidente, dijo Gashford leyendo un papel, M. Simon Tappertit.

— Sí, me acuerdo de él; es un hombre muy pequeño que trae algunas veces á una hermana mayor á nuestras reuniones y á otra mujer, que podrá ser buena y ferviente protestante, pero que es horriblemente fea.

— El mismo, milord.

— Tappertit es un joven entusiasta, dijo lord Jorge con aire pensativo; ¿No es cierto, Gashford?

— Es uno de los mas avanzados; llama de lejos la batalla y la aspira á plenas narices como el caballo de guerra; arroja al aire su sombrero en la calle como si estuviera inspirado, y pronuncia discursos muy patéticos encaramándose sobre los hombros de sus amigos.

— Tomad nota de Tappertit, dijo lord Jorge Gordon. Podrá elevarse á un cargo de confianza.

— Hé aquí, respondió el secretario despues de tomar nota, hé aquí el total de la suscripcion, exceptuando la alcancía de la señora Varden (es la décimacuarta que rompe en favor nuestro), siete chelines y seis peniques en plata y cobre, y media guinea en oro, y Miggs (son los ahorros de un trimestre de propinas), un chelin y tres peniques.

— ¿Miggs es un hombre? dijo lord Jorge.

— El nombre está en la lista como perteneciente al bello sexo, respondió el secretario. Cree que es esa mujer tan poco favorecida por la naturaleza de quien hablabais antes y que viene algunas veces á oír los discursos en compañía de Tappertit y la señora Varden.

— ¿Es decir que la señora Varden es mujer de edad?

El secretario hizo con la cabeza una inclinacion afirmativa y se frotó la nariz con las barbas de la pluma.

— Es una hermana celosa, dijo lord Jorge. Las ofrendas que reúne prosperan y continúan con fervor. ¿Se ha asociado su marido?

— Es un malvado, respondió el secretario doblando los papeles, indigno de tal mujer. Permanece en el fondo de sus tinieblas y se niega obstinadamente á seguir el ejemplo de su esposa.

— ¡Caigan sobre su cabeza las consecuencias! Amigo Gashford...

— ¿Qué mandais, milord?

— ¿Creeis que esas gentes no me abandonarán cuando llegue el momento? dijo volviéndose y agitándose en la cama. He hablado osadamente por ellos, me he expuesto mucho, me he comprometido. ¿Retrocederán? ¿Qué os parece?

— No temais, milord, respondió Gashford con una mirada significativa que era mas bien la expresion involuntaria de su propio pensamiento que una contestacion á la inquietud de Su Señoría porque el rostro de lord Jorge estaba vuelto hácia el lado opuesto. No temais, no hay peligro.

— Tampoco es de temer, dijo agitándose con mas impaciencia, que les... pero no, no les pueden castigar por haberse asociado con este objeto. El derecho está de nuestra parte, aunque tuviéramos en contra la fuerza. Estais convencido de esto como yo, ¿no es verdad? Hablad... responded con la mano en la conciencia.

El secretario principiaba su respuesta diciendo: « No dudeis... » cuando Su Señoría le interrumpió y repuso con impaciencia:

— ¡Dudar! No. ¿Quién dice que dudo? Si dudase, ¿renegaría de mis parientes, de mis amigos, de todo en favor de este desgraciado país? exclamó incorporándose en la cama, despues de repetirse á sí propio la frase: « en favor de este desgraciado país » al menos una docena de veces, de este país olvidado de Dios y de los hombres, entregado á una peligrosa confederacion de potestades papistas, víctima de la corrupcion, de la idolatría y del despotismo? ¿Quién puede decir, pues, que dudo? ¿No soy llamado, elegido y fiel? Veamos: ¿Lo soy ó no lo soy?

— Sí, fiel á Dios, á la patria y á vos mismo, dijo Gashford.

— Lo soy y lo seré, lo digo sin rodeos, lo seré hasta el cadalso. ¿Quién dice otro tanto? ¿Vos acaso? ¿Algun otro? Que me citen uno solo en el mundo.

El secretario bajó la cabeza con una expresion de completo convencimiento en pro de lo que Su Señoría habia dicho ó podia decir, y lord Jorge reclinó la cabeza en la almohada y pocos momentos despues dormia profundamente.

Aunque era muy ridícula la vehemencia de sus maneras en un sugeto tan flaco y feo, no se hubiera reido un hombre dotado de alguna sensibilidad, ó bien, si hubiera cedido á este primer impulso, se habria arrepentido y se hubiese acusado á sí propio al momento como de una falta grave. Lord Gordon era tan sincero en su

violencia como en su vacilacion, cedia naturalmente á sus tendencias hácia un falso entusiasmo, abrigaba la vanidad de querer ser jefe de partido, y estos eran los dos principales defectos de su carácter. Lo demás no era mas que debilidad... pura debilidad; el desgraciado lote de los hombres apocados en quienes hasta los afectos, las simpatías, la confianza y todas las cualidades que en las almas mejor constituidas son virtudes, degeneran en defectos si no llegan á ser vicios completos.

Gashford, lanzando hácia la cama miradas astutas, permaneció sentado burlándose de la locura de Su Señoría, hasta que una profunda y pesada respiracion le advirtió que podia retirarse. Cerró pues el pupitre, y volviéndolo á poner en la maleta, despues de sacar dos hojas de papel impresas, se retiró con precaucion. Antes de salir del cuarto se volvió para contemplar el rostro de lord Gordon. Encima de la cabeza de Su Señoría los polvorientos penachos que coronaban el regio lecho del Maypole se agitaban con aire triste y lúgubre como sobre un féretro.

Se paró en la escalera para cerciorarse de que todos dormian en el meson y para quitarse los zapatos, temiendo que sus pasos alarmasen á alguién que cerca de allí tuviese el sueño ligero, bajó hasta el patio, y arrojó una de las hojas impresas debajo de la puerta principal de la casa. Volvió á subir entonces, entró en su cuarto, y desde la ventana dejó caer en el patio otra hoja impresa cuidadosamente arrollada en una piedra para que no se la llevase el viento.

En el dorso de estas proclamas se leía: « A todo protestante en cuyas manos caiga este papel; » y en el interior: « Hombres y hermanos, et que encuentre esta carta debe considerarla como un aviso para que vaya á reunirse sin tardanza con los amigos de lord Gordon. Grandes acontecimientos se preparan, y los tiempos están llenos de peligros y conmociones. Leed estas palabras con cuidado y hacedlas circular. Por el rey y el país, union. »

— Sembremos, sembremos, dijo Gashford cerrando la ventana. ¿Cuándo llegará la cosecha?

XXXVII.

Lo que se rodea de un aspecto misterioso, aunque sea monstruoso y ridiculo, adquiere un secreto atractivo y un poder de atraccion que es irresistible para la multitud. Falsos profetas, falsos doctores, falsos patriotas, falsos prodigios de toda clase, envolviendo sus actos en el misterio, se han dirigido con éxito inmenso á la credulidad popular, y tal vez han debido á este medio hábil el haber ganado y conservado durante algun tiempo la ventaja sobre la verdad y el sentido comun, ventaja que no hubieran conseguido aunque hubiesen agotado todo el catálogo de la impostura.

Si hubiesen colocado un hombre en el puente de Londres para llamar á voz en grito á los transeuntes ó invitarles á que se uniesen á lord Jorge Gordon, aunque fuera para un objeto que nadie comprendiera, lo cual le hubiera dado un atractivo particular, es muy probable que no hubiese atraído en un mes veinte prosélitos. Si todos los celosos protestantes hubieran sido invitados públicamente á unirse á una asociacion para cantar uno ó dos himnos, óir algunos discursos medianos y elevar peticiones al Parlamento con objeto de que aprobase la abolicion de las leyes penales contra los sacerdotes católicos romanos, del castigo de cárcel perpétua contra los que educaban á los hijos en la fe católica y de la interdiccion de todos los individuos de la Iglesia romana, imposibilitados en adelante para poseer bienes inmuebles en el Reino unido por adquisicion ó por herencia, todas estas materias extrañas á los pensamientos preponderantes de las masas no habrían conmovido tal vez á un centenar de personas. Pero cuando circularon rumores vagos de que en esta asociacion protestante un poder oculto ensayaba sus fuerzas contra el gobierno para grandes designios indeterminados; cuando se llenó el aire de sordos murmullos acerca de una confederacion de potencias papistas para degradar y esclavizar á Inglaterra, establecer la inquisicion en Londres y convertir las barracas del mercado de Smithfield en hogueras; cuando se difundieron terrores y alarmas que nadie comprendia, siendo el que los propalaba dentro y fuera del Parlamento un entusiasta que ni á sí propio se conocia; finalmente, cuando fueron evocadas para imponer á los ignorantes y á los crédulos antiguos fantasmas que yacian tendidos tranquilamente en sus tumbas hacia mas de dos siglos; cuando todo esto se maquinó en cierto modo en las tinieblas, pues se sembraron en la via pública, se arrojaron por debajo de las puertas de las casas, se introdujeron dentro de las habitaciones por las ventanas y se deslizaron por la noche en las manos de los transeuntes invitaciones secretas para unirse á la grande Asociacion protestante en defensa de la religion, de la vida y de la libertad; cuando aparecieron en cada pared, en cada poste, en cada columna y en cada puerta, hasta el punto de que la madera y la piedra parecian infestadas de la fiebre comun, excitando á todos los hombres á reunirse ciegame para resistirse sin saber contra qué ni para qué; entonces la locura se propagó sin obstáculo, y muy pronto, creciendo de dia en dia, la asociacion presentó una fuerza de 40,000 defensores.

Este es al menos el número declarado en el mes de marzo de 1870 por lord Jorge Gordon, su presidente, y pocas personas se cuidaron de averiguar si

era ó no exacto. La tal Asociacion no habia hecho aun ninguna manifestacion pública, ni se la habia visto, y hasta muchas personas insistian en creer que era una pura invencion del trastornado cerebro de lord Gordon.

El presidente de la Asociacion protestante estaba acostumbrado á hablar á la multitud, y le habian estimulado á representar este papel de tribuno ciertos motines que habian estallado en Escocia el año anterior por causas religiosas. Miembro de la cámara de los Comunes, se le consideraba como un loco que atacaba á todos los partidos sin pertenecer á ninguno, y no gozaba de gran reputacion.

Se sabia que reinaba, como ha reinado siempre, cierto descontento en el país, y lord Jorge Gordon se aprovechaba de esta situacion para dirigirse al pueblo por medio de hojas volantes, discursos y folletos; pero sus hazañas tribunicias se habian limitado á Escocia, y en Londres no se hacia caso de sus manejos revolucionarios. Sin embargo, tras cinco años de constantes esfuerzos habia conseguido extender su propaganda hasta la capital de Inglaterra, y millares de estúpidos fanáticos ó de malvados se habian asociado con diversos designios á su descabellada empresa.

— ¡Milord, le dijo Gashford al oido descorriendo al dia siguiente muy temprano las cortinas de su cama; milord!

— ¿Quién es, qué hay?

— Han dado las nueve, respondió el secretario con las manos cruzadas humildemente. ¿Habeis dormido bien? Espero que habeis descansado. Si han sido oidas mis oraciones, el reposo ha debido restablecer vuestras fuerzas.

— En verdad, en verdad, dijo lord Jorge frotándose los ojos y mirando en torno del aposento, he dormido tan profundamente que no recuerdo bien dónde nos hallamos.

— ¡Milord! dijo Gashford sonriéndose.

— ¡Ah! sí... repuso lord Jorge. ¿No sois judío?

— ¡Judío! exclamó el secretario retrocediendo con terror.

— Soñaba que éramos judios, Gashford, vos y yo, y recuerdo que llevábamos unas largas barbas.

— ¡El cielo nos libre de tal desgracia, milord! Tanto valdria que fuéramos papistas.

— Tanto valdria, repuso lord Jorge al momento. ¿No es cierto que tanto valdria? ¿Sois de la misma opinion, Gashford?

— No lo dudeis, dijo el secretario manifestando la mayor sorpresa.

— Sí, sí... balbuceó lord Jorge, me parece muy razonable.

— Espero, milord... dijo el secretario.

— ¡Esperais! exclamó lord Jorge interrumpiéndole. ¿Por qué decís que esperais? No veo que sea culpable tener tales ideas.

— En sueños, respondió el secretario.

— ¡En sueños! Tampoco estando despierto.

— Llamado, elegido y fiel, dijo Gashford tomando el reloj de lord Jorge que estaba sobre una silla y pareciendo que leia como distraido la divisa grabada en la cubierta.

En este incidente indiferente en sí no habia nada al parecer que pudiera llamar la atencion de lord Jorge, pues no era mas que una distraccion sin objeto y que no merecia la pena de ser notada, pero al oír las tres palabras se modificó su expresion imperiosa, se ruborizó y guardó silencio.

El astuto secretario, haciendo ver que no habia advertido el repentino cambio de conducta de su jefe, se alejó bajo el pretexto de levantar la celosía, y volviendo algunos minutos despues, dijo con acento grave:

— La causa santa progresa, milord. Esta noche no he estado ocioso; he arrojado dos proclamas antes de acostarme, y han desaparecido esta mañana. Nadie ha dicho una palabra en la casa, aunque he estado en la cocina mas de media hora. Confio en que nos traerán al menos dos nuevos asociados, y ¿quién sabe si serán muchos mas, merced á la bendicion que el cielo derrama sobre vuestros inspirados esfuerzos?

— Ha sido una famosa idea, repuso lord Jorge, una sublime idea que ha dado ya excelentes resultados en Escocia, una idea digna de vos. Me recordais, Gashford, que no debo permanecer ocioso mientras la viña del Señor está amenazada de destruccion y se ve en peligro de ser hollada por los piés de los papistas. Mandad que ensillen los caballos dentro de media hora. ¡En pié y manos á la obra!

Al pronunciar estas palabras su rostro estaba tan encendido y su acento revelaba tanto entusiasmo, que el secretario creyó inútil estimularle y se retiró.

— Ha soñado que era judío, dijo con ademan pensativo cuando cerró la puerta del aposento. No seria extraño que parase en judío antes de morir; es capaz de eso y de mucho mas. Veremos; con tal que yo nada pierda, no diré que esa religion me convenga menos que otra cualquiera. Entre los judios hay muchos ricos, y por otra parte es muy fastidioso el tener que afeitarse. Sí; me convendria ser judío. Sin embargo, lo que es por ahora debemos ser cristianos en cuerpo y alma. Me consuela el pensar que nuestra divisa es aplicable á todas las creencias.

Se dirigió á la sala reflexionando sobre esta fuente de consuelo, y llamó para pedir el almuerzo.

Lord Jorge se vistió muy pronto, porque no necesitaba mucho rato para su tocador, y como era tan sobrio en sus comidas como en su traje puritano, despachó en un abrir y cerrar de ojos su almuerzo. Pero el secretario, que era mas cuidadoso de los placeres de la vida,

El emperador, que creía bastante segura su dinastía para dejar caer sus favores en aquellos que había desposeído, parece que tenía el proyecto de concederle la cruz de oficial de la Legión de Honor. Felizmente el príncipe se libró de este testimonio que quería deber á la Francia, no al emperador. El rey Victor Manuel influyó para que no se le hiciera tal ofensa, como la limosna ofrecida á Lamartine.

Vencida el Austria, y habiendo entrado la Italia en la vía liberal, Roberto de Orleans marchó á los Estados Unidos, adonde le llamaba la guerra de secesion. Combatió al lado de su hermano el conde de Paris, que había abrazado con ardor la causa del Norte. En los años 1861 y 1862 fué edecan del general Mac-Clegan, y habiendo tomado parte en muchas acciones, dejó la mejor memoria en el ejército americano. Concluida aquella guerra, el duque recorrió de nuevo la Europa, pues esta vez se dedicó á estudiar la topografía con aplicación á la ciencia militar.

Su talento de oficial de estado-mayor se revela claramente en una obra publicada hace dos años con el título de: *Recuerdos de viaje; una visita á varios campos de batalla del valle del Rhin.*

La obra era anónima, y muchas personas la compraron sin sospechar quién era el autor; hasta hubo quien la atribuyó á Napoleon III.

Hombres competentes han dicho:

— Si hubiera en Francia algunos coroneles de plana mayor tan conocedores como el joven príncipe de la topografía y del arte militar, seguramente podríamos emprender la campaña del Rhin.

Hé aquí lo que decía en 1868 Roberto de Orleans:

« Las mismas corrientes de agua, las mismas posiciones militares de los tiempos pasados existen hoy; pero la estrategia encuentra un elemento que no conocieron los Villars, los Enghien, los Turenne y los Moreau; los ferro-carri-les.

» ¡Feliz aquel capitán que sepa unir á la experiencia del pasado el mejor empleo de ese nuevo y poderoso medio de acción! »

La mala fortuna de la Francia ha querido que ese capitán fuese M. de Moltke.

Después del desastre de Sedan y de la proclamación de la República, el príncipe llegó á Paris con su tío el duque de Aumale; pero Julio Favre no permitió que tomaran servicio, y les obligó á volverse al destierro.

Roberto de Orleans salió, mas con el propósito de volver pronto, y en efecto, algunos días después estaba en Francia con el seudónimo de *Robert-le-Fort*, nombre de uno de sus ilustres antepasados. Un solo hombre recibió entonces la confidencia del joven príncipe, y fué M. Estancelin, ex-diputado, que le facilitó la entrada en el ejército de Normandía.

De simple soldado pasó muy luego á cabo instructor, y después á oficial bajo las órdenes del general Briand. La deplorable acción de Buchy, la toma de Ruan, la retirada de las tropas hasta el Havre, no prometían una acción decisiva en Normandía, y así fué que pasó al ejército del Loira y fué elegido comandante de estado-mayor del general Dargent. Su conducta fué la de un patriota; nunca pudo recelar nadie que era un nieto de rey.

Así ha sido que el general Chanzy ha podido pronunciar estas palabras en la tribuna:

« Declaro que mi ejército no ha obrado bajo la influencia de ideas políticas, sino que se ha batido inspirado por el amor á la patria. La prueba es, que bajo mis banderas combatían Cathelineau, Charette y los príncipes de la familia de Orleans. »

Su voluntad de permanecer ignorado fué tan inflexible, que hasta después del armisticio no supieron los generales quién era el brillante oficial cuyos actos de valor se citaban todos los días.

A menudo también Roberto de Orleans oyó palabras que oprimían su corazón de francés.

— ¿ Creéis, decían delante de él, que volverán los príncipes de Orleans? »

— ¡ Oh! ¡ oh! respondian; ¿ acaso se interesan en

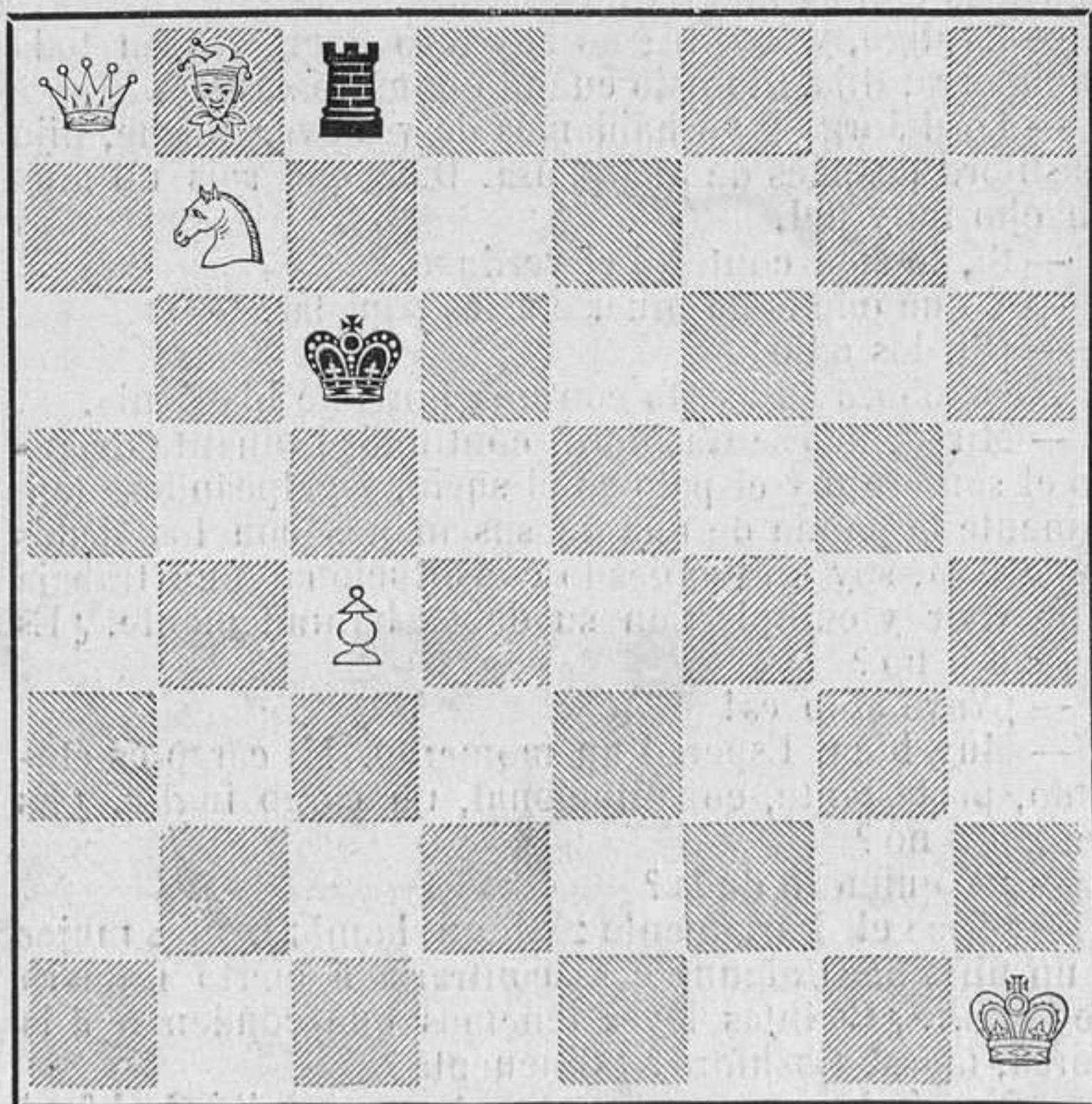


El comandante Robert-le-Fort, duque de Chartres.

Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NÚMERO 340, POR M. LOYD.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

nuestras actuales desgracias? Han dejado la Francia cuando eran jóvenes, son ricos, independientes, quizá mas ingleses que franceses.

— Además, ¿ quién los conoce? ¿ tienen siquiera amor á la Francia?

Robert-le-Fort se sonreía tristemente y no replicaba.

Observó el incógnito con tal rigor, que un día que como oficial asistía á un convite, la señora de la casa, que tenía una vaga idea de la fisonomía del príncipe, no pudo menos de decirle:

— ¡ Cómo os parecéis al duque de Chartres!

— ¿ De veras? ya me lo han dicho: pero...

— ¡ Oh! Bien sé, interrumpió la señora, que no sois el duque de Chartres.

En medio de aquella malhadada campaña, había momentos de esperanza, se soñaba con la victoria. La tenacidad suplía la fuerza, la audacia equilibraba el poderoso terror de los formidables batallones. En muchos puntos se tuvo en respeto á la terrible artillería de los alemanes.

A corta distancia de Orleans, el duque de Chartres, á la cabeza de algunos valientes, tomó una batería prusiana, haciendo preso al oficial enemigo.

En señal de su victoria, Robert-le-Fort le reclama su dragona, el cordon de oro de la guarnición de la espada, y envía á la duquesa de Chartres ese recuerdo de un día de victoria.

Tres veces el voluntario del ejército del Loira fué propuesto para la cruz por jefes que no le conocían.

Hace pocos días el jefe del poder ejecutivo concedió por fin á Robert-le-Fort esa condecoración tan bien ganada.

Anulada la ley de proscripción, el duque de Chartres tiene derecho de vivir en Francia, y á menudo se le encuentra en los bulevares fumando un cigarro y distribuyendo apretones de manos á sus antiguos compañeros de armas.

Acompañado del duque de Aumale y del príncipe de Joinville, hizo también su aparición en los salones oficiales de Versalles.

Los desterrados de ayer dijeron á sus amigos que les hacían la corte:

— Somos los hijos de la nueva Francia, y no debemos ni olvidar nuestros deberes ni hacer traición á nuestra raza.

Son, con efecto, el rasgo de union entre el pasado y el presente.

Si tuviéramos el honor de conocer al príncipe, quizá le diríamos: « La Providencia parece designaros á vos y á los miembros de vuestra ilustre familia para reconciliar á la República con los príncipes; hasta ahora los ha temido, ha cedido que los ame. Ya que adoráis á vuestra patria, continuad sirviéndola con el valor y la abnegación que os han valido tantos elogios. El título de gran ciudadano vale mas que el de príncipe de casa real. »

R. C.

(1) Solucion del número 339.

- 1 R^a 6^a TR^a R 7^a CR
- 2 R^a c. AR jaque T toma P
- 3 R^a jaque-mate.

Los Editores-Proprietarios responsables

X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.